



Atlántica

de Comunicación

LA CREACIÓN ESTÁ EN EL AIRE POLÍTICA, CULTURA Y COMUNICACIÓN

ALEXANDRE BARBALHO



EDITORIAL UOC

inCOM UAB

Institut de la Comunicació
Universitat Autònoma de Barcelona

**La creación está en el aire:
juventudes, política, cultura
y comunicación**

La creación está en el aire: juventudes, política, cultura y comunicación

Alexandre Barbalho



Institut de la Comunicació
Universitat Autònoma de Barcelona



Publicaciones InCom-UAB / Editorial UOC

Consejo editorial

- Por InCom-UAB: José Luis Terrón (Universitat Autònoma de Barcelona), actuando en calidad de director. Responsables de la colección: Denise Cogo (Escola Superior de Propaganda e Marketing (ESPM) - São Paulo - Brasil) y Amparo Huertas (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Por Editorial UOC: Lluís Pastor, actuando en calidad de director general; Roser Leal como responsable de la colección.

Comité Científico

- Rosa Cabecinhas (Universidade do Minho - Portugal)
- Manuel José Damásio (Universidade Lusófona de Humanidades e Tecnologias - Portugal)
- Luiz Peres- Neto (Escola Superior de Propaganda e Marketing - Brasil)
- Raquel Recuero (Universidade Federal de Pelotas - Brasil)
- Miquel Rodrigo Alsina (Universitat Pompeu Fabra - España)
- José Carlos Sendín Gutierrez (Universidad Rey Juan Carlos - España)

Diseño de colección: Editorial UOC

Primera edición en lengua castellana: julio 2014

Primera edición en formato digital: octubre 2014

© Alexandre Barbalho, del texto.

© Diseño de la cubierta: Natàlia Serrano

© Editorial UOC (Oberta UOC Publishing, SLU), de esta edición, 2014

Gran Via de les Corts Catalanes, 872, 3a planta

08018 Barcelona

<http://www.editorialuoc.com>

Realización editorial: Natàlia Serrano

ISBN: 978-84-9064-228-3

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño general y el de la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ningún modo ni a través de ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, de fotocopia o por otros métodos sin la previa autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

Alexandre Barbalho

Licenciado en Historia por la Universidade Estadual do Ceará (UECE- 1990) y Doctor en Comunicación y Cultura Contemporáneas por la Universidade Federal da Bahia (UFBA-2004). Es profesor en el Curso de Historia de dos Programas de Posgrado en Políticas Públicas de la Universidade Estadual do Ceará (UECE) y de Comunicación en la Universidade Federal do Ceará (UFC). Tiene experiencia en las áreas de Comunicación y Cultura en Brasil, con especial énfasis en políticas culturales y en relación a las minorías, actuando sobre temas como los medios, el Estado o la contracultura, por citar solo algunos ejemplos. Ha participado como autor, o co-organizador, en los siguientes libros: *Relações entre Estado e cultura no Brasil* (1998); *Cultura e imprensa alternativa* (2000); *A modernização da cultura* (2005); *Brasil, brasis: Identidades, cultura e mídia* (2008); *Comunicação e cultura das minorias* (2005); *Políticas Culturais no Brasil* (2007); *Comunicação para a cidadania: Questões teóricas e metodológicas* (2010); *Cultura e desenvolvimento* (2011); e *Federalismo e políticas culturais no Brasil* (2013).

Índice

Introducción	9
Capítulo I. Acercándose a la noción de las juventudes y sus prácticas	13
Capítulo II. La contribución de la cartografía en la investigación sobre las juventudes y sus creaciones culturales y mediáticas	25
2.1. Las juventudes como minoría	26
2.2. Los jóvenes como creadores y comunicadores	29
2.3. Por una cartografía de las creaciones juveniles	32
Capítulo III. Las juventudes ante los poderes públicos ..	39
Capítulo IV. Juventud, ciudadanía y comunicación	55
4.1. El Grupo de Investigación “Comunicación para la ciudadanía”: Una breve trayectoria	56
4.2. La temática de la juventud en las investigaciones sobre “comunicación para la ciudadanía”	60

Capítulo V. Protagonismo juvenil, cultura y comunicación - disputas de sentido	71
5.1. La confluencia perversa en el embate democrático brasileño	72
5.2. Cómo pensar el protagonismo juvenil en la confluencia perversa	78
5.3. Protagonismo juvenil, cultura y comunicación	83
Referencias Bibliográficas	93

Introducción

Este libro es el resultado de la investigación “Minorías, ciudadanía y medios de comunicación: políticas culturales juveniles en el espacio público contemporáneo”, que comenzó en 2005 y finalizó en 2010¹. Sin embargo, ésta todavía resuena en mis lecturas, orientaciones en grado y máster, participación en el grupo de investigación, publicaciones, etc. En fin, se trata, en realidad, de una investigación en abierto que reivindica nuevas formulaciones. Conforme estas se definen, presento aquí parte de lo que se produjo en los años anteriores.

Hay varias posibilidades de acceso a este libro, todas ellas entrecruzadas, como una red de sentidos. Una línea de fuerza en su tesitura es la voluntad de percibir cómo sectores de la sociedad, articulados en sus propios movimientos, ponen en acción políticas culturales que funcionan como contrapunto a las políticas culturales implementadas por los poderes públicos, aunque en muchas ocasiones están conectadas entre ellas.

La cuestión que se presentaba en la investigación era lanzar una mirada sobre las formulaciones y experiencias político-culturales de otros actores que no fuesen los gubernamentales, con la intención de percibir la peculiaridad de estos movimientos, si indicaban alternativas a la cultura política aún hegemónica en el país, marcada por el patrimonialismo y el autoritarismo.

¹ La investigación tuvo como becarios de Iniciación a la Investigación del CNPq a los alumnos Jessica Gondim Steindorfer y Vicente Gregorio Olsen Maia do Amaral.

Otra línea formadora de la red de esta investigación es la preocupación por proseguir con la discusión teórica y empírica sobre los movimientos minoritarios. Lo que me interesaba era analizar un determinado movimiento minoritario, en este caso la juventud (o mejor, las juventudes, como veremos), dando cuenta de sus especificidades.

Una tercera vía de acceso de la investigación es el interés en observar prácticas alternativas de comunicación en un momento de convergencia tecnológica que favorece la formación de grandes conglomerados empresariales y transnacionales en el área de la producción de contenidos simbólicos, acompañado por procesos de desreglamentación y privatización del sector.

Lo que me motivaba era comprender las formas de resistencia a este estado de las cosas; las posibilidades de romper este cerco: cómo los movimientos juveniles actuaban en el campo cultural y comunicativo, utilizando los aparatos tecnológicos y creando sus propios circuitos de producción, circulación y fruición.

Así pues, puedo sintetizar el objetivo general de la investigación afirmando que su interés era analizar las políticas culturales y mediáticas de la juventud. Este objetivo general se desdobló en dos objetivos específicos. Primero, observar cómo, a través de los medios de comunicación de masas, estos jóvenes intervienen en el espacio público y, por medio de sus manifestaciones culturales, promueven la tesis de una cultura política alternativa a aquella hegemónica en la sociedad brasileña marcada por el autoritarismo, por el clientelismo, por las relaciones de dependencia y tutela. El segundo objetivo específico, con una naturaleza más teórica, era refinar el concepto de minoría que, por cuenta de un uso indiscriminado, perdió su capacidad heurística, tal como ocurre con otros conceptos claves de la contemporaneidad (espectáculo y simulacro, por ejemplo). Creo que la investigación posibilitó la construcción concomitante de una definición de “minoría” que preserva su fuerza teórica y práctica en el universo de los movimientos sociales.

Delante del contexto descrito arriba, la investigación buscó contestar los siguientes cuestionamientos: ¿La práctica cotidiana de los jóvenes ligados a estos proyectos configura una cultura política alternativa? Yo afirmaba que sí, y esta era mi primera hipótesis. Su suposición era: no podemos pensar estos movimientos como portadores de una praxis pura, redentora. Estos están cargados de ambigüedades y accionan más o menos, dependiendo de la situación, prácticas clientelistas, de favorecimiento, jerárquicas, etc. Sin embargo, y a pesar de estar entremezclados con valores autoritarios vigentes en la sociedad que los engloba, consiguen afirmar nuevos sentidos en sus acciones.

¿Cuáles serían estos elementos innovadores? Creía, como segunda hipótesis, que serían aquellos aspectos promotores de los derechos a la igualdad y a la libertad de la diferencia, valores tenidos como antitéticos por el pensamiento democrático liberal. En otras palabras, las prácticas político-culturales propuestas e implementadas por estos jóvenes ampliarían el sentido clásico de democracia y ciudadanía, con otra magnitud.

Los capítulos que siguen fueron escritos como tentativas de respuesta a las cuestiones presentadas. No se constituyen como un todo, resultado de partes previamente articuladas, sino como textos escritos de forma independiente que pueden ser leídos uno separado del otro. Una vez aquí reunidos, busqué que fueran reeditados con el objetivo de evitar redundancias y, al mismo tiempo, crear conexión entre ellos. Algunas versiones habían sido previamente publicadas en libros y revistas científicas, y presentadas en reuniones académicas.

Así, “La contribución de la cartografía en la investigación sobre las juventudes y sus creaciones culturales y mediáticas” fue publicado como capítulo del libro *Comunicación, cultura y ciudadanía* (Pontes, 2012), organizado por Inês Vitorino. Y “Juventud, ciudadanía y comunicación”, en 2011 en el volumen 13 de la revista *Fronteiras*. Las primeras versiones del “Protagonismo

juvenil, cultura y comunicación - disputas de sentido” fueron presentadas en mesas redondas, ambas en el año 2010, en el XII Congreso de Ciencias de la Comunicación en la Región Nordeste - Comunicación y juventud: cuestiones para la ciudadanía y el desarrollo regional y en el I Seminario Comunicación, Cultura y Ciudadanía - Comunicación y Juventud.

La autoría de este libro, por cierto, es colectiva. Se debe, en primer lugar, a los jóvenes que son los sujetos de la investigación. Pero también al diálogo intelectual y afectivo que tuve a lo largo de esos años con innumerables amigos y amigas. Citar a todas las personas que me influyeron en ese trayecto, en los más diversos espacios institucionales, sería imposible –éstas se encuentran en la escritura que se sigue. También es fundamental hacer referencia al apoyo que recibí de la Universidad Estadual do Ceará y del CNPq.

1

Acercándose a la noción de las juventudes y sus prácticas

Existe una selecta bibliografía que señala que la noción de juventud es un *constructo* social y no una definición basada solamente en aspectos biológicos. En este sentido, es posible situar el inicio de la segunda mitad del siglo XX como momento fundamental en la construcción de lo que se comprende hoy por juventud, así como de los estudios e investigaciones más sistemáticos dirigidos hacia esa parte de la sociedad².

Para Marialice Foracchi, que hizo un estudio pionero en Brasil sobre la “rebelión” de los jóvenes en la sociedad moderna, la noción se supone histórica y socialmente como “movimientos de juventud”. Debido a esa condición, plantea Foracchi, es posible proponer la cuestión de una “conciencia joven”, “expresión de los conflictos y tensiones que se desarrollan en el sistema”, y que va más allá de tales movimientos, de manera que les atañe la “nueva elaboración, no institucionalizada, de esa coyuntura crítica” (Foracchi, 1972, p. 12). Al margen de si estamos de acuerdo o no con la existencia de una “conciencia joven”, que Foracchi investigó en el universo estudiantil, la observación de

² Esa afirmación es válida exclusivamente en relación a la noción de juventud y no a las nociones cercanas que tienen fecha anterior como infancia y adolescencia y sus respectivos sujetos: niño y adolescente.

que la juventud se afirma históricamente como actores sociales a partir de sus movimientos es interesante.

En la evaluación de Rossana Cruz (2006), la comprensión que tenemos hoy sobre “juventud” es una construcción social de posguerra, en la medida que los niños y los jóvenes se han convertido en sujetos de derechos y de consumo. La construcción social se basa en tres procesos interrelacionados: 1. la reorganización económica del capital globalizado, incluyendo el crecimiento cuantitativo y cualitativo de las industrias culturales; 2. la ampliación de la oferta y del consumo culturales (sociedad del consumo) y 3. el discurso jurídico.

De las referencias a Foracchi y Cruz, se puede comprender por qué a partir de la década de 1950, y sobre todo de los 60, hay tanto interés por parte de la sociología sobre este “nuevo” actor o agente social que es el joven, sin que los enfoques sean tan sólo para analizar sus comportamientos como “desviados”, “anormales”, en comparación con el joven perfectamente integrado en los ambientes familiar, escolar y del trabajo – tipo de análisis común en el período inmediatamente anterior dentro de una perspectiva funcionalista³. En aquellas décadas, cuando la juventud constituye “movimientos” en varios países, tanto en las regiones desarrolladas del capitalismo como en las áreas subdesarrolladas o en desarrollo, para utilizar la clasificación de la época, así como en el bloque socialista, no es ya vista sólo como vector de la delincuencia, sino también como generadora de proyectos de transformación social.

A su vez, la emergencia inaugural, en aquellos años, de la juventud como uno de los “nuevos movimientos sociales”, al lado de los movimientos de género, étnico, gay, entre otros⁴, posee tal fuerza que, como afirma Helena Abramo (1994), constituye un “modelo ideal” y una “esencia” de la condición

3 Ver, por ejemplo, White (1976).

4 Destaco la observación de Foracchi (1972) cuando señala que los jóvenes (como las demás minorías, añadido) estarían excluidos de los procesos de decisión e, incluso, de creación social.

juvenil y, en cierto modo, de su participación político-cultural en las esferas públicas.

No sin razón, Luís Antonio Groppo (2000) define “juventud” como una “categoría social”, lo que implica comprenderla tanto como una “representación socio-cultural” como una “situación social” -representación y situación sociales creadas por los varios grupos existentes en la sociedad, incluso por aquellos que se consideran jóvenes, como una forma de dar significados a los comportamientos y actitudes atribuidos a la juventud-, tal como ocurrió con su idealización, antes citada.

Pierre Bourdieu (1983) observa como la separación del mundo del joven y del adulto se basa en una frontera arbitraria, en un poder de división que establece lo que deben hacer apropiadamente unos y otros – poder este que en nuestra sociedad está en las manos del segundo. Hay una lucha, una disputa entre las generaciones para determinar cuáles son los derechos y deberes de cada una. La separación joven-adulto es una estratificación social, basada en una supuesta clasificación objetiva por edad, lo que implica la delimitación de los espacios y la imposición de un orden.

A la vez, cuando se habla de la juventud, en singular, se establece algo parecido a su esencia, una unidad constituida, y se procede a una operación de neutralización de las diferencias sociales entre los jóvenes. Hay que tener en cuenta las pluralidades juveniles en sus dimensiones diacrónicas, o sea, lo que la juventud de una generación comparte entre ellos y, así, difiere de la (o se asemeja a la) juventud de la generación anterior y de la posterior. Pero también las diferencias sincrónicas, o sea, en el interior de una misma generación, las divisiones de género, étnicas, de clase, regionales, entre otras, que producen mediaciones diferenciadas en relación con los nuevos y viejos medios que están disponibles para los jóvenes⁵.

5 Sobre las discrepancias que seccionan la juventud, ver (entre otros): Elbaum (2000); Guigou (1968); Keil; Riddell; Green (1968); Kuasñosky; Szulik (2000).

Percibiendo esta complejidad, podemos comprender las palabras de Bourdieu cuando afirma que sólo “por un formidable abuso del lenguaje se pueden subsumir bajo el mismo concepto universos sociales que no tienen prácticamente nada en común.”(Bourdieu, 1983, p. 114). Por lo tanto, a partir de ahora, cuando se hable de juventud, en singular, se supone, para la comprensión del lector, que estoy refiriéndome a una realidad plural, incluso impregnada de conflictos y diferencias irreconciliables entre sus expresiones político-culturales.

Ya en la década de 1960, el sociólogo alemán Walter Jaide a partir de sus investigaciones de campo constató la “multiplicidad de actitudes” entre jóvenes de la misma generación, lo que le llevó a dudar de la posibilidad de una “característica universal de una generación” en la que se nivelaran las diferencias constatadas empíricamente. En su evaluación, la juventud presenta la huella de su época, sin embargo, “*la serie divergente y ambigua de posibilidades de su tiempo se constituye más en el ambiente, la adversidad, la oportunidad, el estímulo* para el desarrollo de la generación joven, a la que está subordinada, que fuerza impulsora única o más urgente” (Jaide, 1968, p. 19 —el énfasis es mío). O sea, se trata más del campo de posibilidades, de los encuentros y azares, de divergencias y ambigüedades, que de determinaciones, de fuerzas integradoras, o de centralidades.

Recientemente, Rossana Cruz ha apuntado que la heterogeneidad de los jóvenes y sus movimientos se constituyen durante sus acciones y prácticas y que “se agrupan y se disgregan en micro disidencias comunitarias en las que caben distintas formas de respuesta y actitudes ante el poder” (Cruz, 2006, p. 59). Para Cruz, los movimientos juveniles señalan nuevas concepciones de la política, de la sociedad, de la cultura, y deben ser entendidos como “metáforas de la transformación social”.

En este sentido, importan las indicaciones de Groppo (2000) sobre el hecho de que comprender las “metamorfosis de los significados y vivencias de la juventud” es una vía de acceso

privilegiada para el entendimiento de la propia contemporaneidad en sus configuraciones socio-culturales, políticas, cotidianas.

También Foracchi (1972) señala la importancia de analizar las transformaciones emprendidas por la juventud para pensar sobre la sociedad contemporánea. Al hablar de los conflictos entre las generaciones, o sea, los conflictos provocados por los jóvenes en relación a las generaciones anteriores, la socióloga defiende que se trata de la “investigación de nuevas alternativas de vida social”, sin que se sepa si estaban ya prefiguradas las formas que tales alternativas asumirán.

Rossana Cruz define culturas juveniles como el “conjunto heterogéneo de expresiones y prácticas socioculturales juveniles” (Cruz, 2006, p. 55). Martha Marín y Germán Muñoz observan que para que un grupo de jóvenes constituya una cultura juvenil es necesario que se exprese a través de la dimensión de la creación, que “trata de múltiples y diversos agenciamientos colectivos de nuestra época, de alta complejidad y dinámica, atravesados por una permanente búsqueda en los dominios ético, político, artístico” (Marín; Muñoz, 2002, p. 09), y de la producción de conocimiento. Procedimientos de creación y de producción de conocimiento que posibilitan la transformación propia y la constitución de subjetividades colectivas.

Basándose en la discusión de Michel Foucault sobre la ética de la estética y el cuidado de uno mismo, la idea de creación que los autores proponen no tiene que ver solamente con la dimensión artística, sino también con la creación de la existencia, de la vida o, mejor dicho, en la transformación de la vida en arte, y se acerca así a los conceptos de biopotencia, políticas de amistad y trabajo inmaterial (Costa, 1999; Foucault, 2006, 2004, 1999; Hardt; Negri, 2004, 2001; Lazzarato, 2003; Lazzarato; Negri, 2001; Negri, 2001; Ortega, 2000 1999; Pelbart, 2002).

Entiendo, por lo tanto, el contexto o conjunto heterogéneo de las culturas juveniles, siguiendo a Abramo (1994), como un “campo de acontecimiento” que adquiere proporciones

amplias, pues sus manifestaciones, aunque en un momento dado correspondan a determinadas subculturas distintivas, son subsumidas por el mercado y consumidas por amplios sectores de la sociedad, incluso por los no jóvenes, en un proceso de juvenilización del *socius*.

El concepto de subcultura juvenil es utilizado de forma peculiar por los investigadores de los *Cultural Studies*. En los años 70, preocupados con la idea generalizadora de “cultura juvenil”, realizan una investigación colectiva donde las diferenciaciones clasistas entre las expresiones culturales de los jóvenes británicos son apuntadas, de ahí el término “subcultura”, pues sería un aparte generacional en el universo más amplio de la cultura de clase⁶, que funcionaría como referencial último de sentido⁷. Las subculturas juveniles, dentro de esta perspectiva clasista, estarían implicadas en la disputa alrededor de los valores hegemónicos o, dicho de otra manera, del poder simbólico. Ellas serían los medios privilegiados con los cuales la juventud hace sus mediaciones en

6 La primera generación de los investigadores de los *Cultural Studies* tuvieron una especial preocupación en estudiar la cultura de la clase obrera, tanto en enfoque diacrónico, como sincrónico. A este respecto ver Thompson (1987) y Hoggart (1973).

7 Mi utilización del término subcultura no se refiere a la cultura de clase como conjunto total. Tiendo a estar de acuerdo con Agnes Heller y Ferenc Fehér (1998) con la idea de que desde los años 1950 hay una erosión de las culturas de clase, tal como ellas anteriormente existieron, o sea, como elementos simbólicos bien distintos entre una clase y otra. En la sociedad de consumo, en la definición de Baudrillard (1995), y de la cultura de masas, en el sentido que le atribuye Edgar Morin (1977; 1981), prevalece el relativismo cultural, en el sentido que bienes y valores simbólicos, antes específicos de determinada clase social, están siendo consumidos por sectores más amplios de la sociedad actual. Tal afirmación no significa que los elementos de distinción social, incluso los de carácter clasista, hayan desaparecido. Ellos permanecieron operando, en especial en sociedades de larga historia de estratificación social, como indica, por ejemplo, la investigación desarrollada por Bourdieu (2000) en los años 1970 en Francia. Sin embargo, tales elementos de distinción ganan nuevas connotaciones, sobre todo cuando tenemos en cuenta el caso de las sociedades latinoamericanas marcadas, desde el período colonial, por fuertes movimientos de hibridación cultural, como señalan, entre otros, Nestor García Canclini (1997) y Jesús Martín-Barbero (1997). No se trata, tampoco, del uso que Morin (1977) hace del término subcultura juvenil, o más específicamente adolescente, como subconjunto de un sistema más amplio que sería la cultura de masas, participando en la industria cultural y sus leyes de mercado, técnicas de producción, medios de difusión masivos etc. A pesar de tener en cuenta tales elementos, cuando recurro al término subcultura considero el conjunto más amplio, precisamente las culturas juveniles que funcionan como substrato referencial de mi discusión.

la sociedad y negocia sus espacios simbólicos (Hall; Jefferson, 2000; Hebdige, 2004).

La juventud actúa en el contexto de amplia publicitación de sus culturas, las cuales se han vuelto mercancías privilegiadas en la sociedad de consumo. El joven idealizado se ha vuelto una imagen vendible, y no solamente el consumidor para el cual se producen determinados productos. Él pasa a ofrecer modelos de conducta y consumo para las otras generaciones. A su vez, la búsqueda intensa de los productos juveniles como signos de distinción y de legitimidad influencia los discursos sociales que identifican esa misma juventud. Se observa un círculo cerrado entre la lógica del consumo y los discursos estructuradores de lo social, que sostiene el fenómeno de juvenilización que Edgar Morin (1981) identificaba, en el inicio de los años 1960, como elemento del espíritu de un nuevo tiempo señalado por la cultura de masas⁸.

Como afirman Mario Margulis y Marcelo Urresti (2000), la noción de juventud significa también, entre otras referencias, un producto con valor simbólico vinculado, valor éste inflado por la estética contemporánea, lo que permite transformar sus atributos significantes en mercancías diversas y deseadas por todos los grupos etarios que quieren, literalmente a toda costa, instalarse en el tiempo de su identificación con la juventud – lo que denominan “no jóvenes juveniles”.

Una noción cercana de “joven legítimo” fue propuesta por Silvina Chmiel (2000). La autora aborda la actual positividad en torno a valores juveniles que se han vuelto modelo de éxito para todas las edades – el “milagro de la eterna juventud”. De modo que, independientemente de la edad biológica, lo que

8 Hay también el fenómeno inverso de “adultización”, cuando los jóvenes de las clases populares son obligados, desde muy temprano, a desempeñar papeles de proveedores de la familia, cambiando los estudios por el trabajo, en la mayoría de las veces sometiéndose a subempleos en sectores informales. Sin embargo, no estoy de acuerdo con que esa precoz situación de paternidad/maternidad y del ingreso en mercado laboral quite a los jóvenes sus posibilidades de experimentar las culturas juveniles.

caracterizaría a un individuo como “joven legítimo” sería su adherencia a la estética juvenil y a los rituales que ella impone: el estilo de vida; el vocabulario; el culto al cuerpo; el consumo; la indumentaria; los lugares (gimnasio, discotecas, tiendas de conveniencia); los videojuegos; etc.

Los patrones de legitimidad apuntados por Chmiel se basan, explícitamente, en referencias al universo de las clases medias y altas. En su estudio sobre punks y darks en Brasil de los años 1980, Abramo (1994) percibe que en anteriores décadas (años 1950 y 1960) los movimientos juveniles y sus culturas eran constituidos, en su gran mayoría, por jóvenes oriundos de las clases medias. En el momento en que hace su investigación, no obstante, hay un cambio en ese contexto con la presencia de jóvenes de las clases populares y una consecuente diversificación del “escenario juvenil” con el aumento del número de grupos oriundos de diversos estratos sociales⁹.

Asimismo, los jóvenes de las clases con poder adquisitivo más bajo no quedan fuera de la lógica del consumo y hay, incluso, productos elaborados a partir de y para (pero no exclusivamente) esta parcela de la juventud con los que se van elaborando elementos que alimentan el constante juego de identificación y diferenciación sociales. Consideremos, por ejemplo, en un contexto de los años 1990 e inicio del nuevo siglo, el vestuario, las fiestas y los discos de vinilo producidos a partir del universo simbólico del funk y del *hip-hop*, cuyos integrantes son, como mínimo inicialmente, habitantes de los barrios pobres y favelas de las grandes y medias ciudades brasileñas¹⁰.

⁹ Hace que esté en desacuerdo con determinados enfoques sobre los jóvenes de las clases populares como excluidos de la sociedad y, como consecuencia, de la juventud, como el de Silvia Kuasñosky y Dália Szulik (2000), que se interesan por los “márgenes de la juventud”, aquellos jóvenes que no poseen “la posibilidad de vivir experiencias juveniles”, de ser “legítimos jóvenes”. Pues bien, tales lecturas acaban operando con determinada visión de “juventud”, justo aquella construida por las clases medias y altas de la sociedad, los sectores que están en el “centro”, y no se dan cuenta que los “márgenes” también elaboran y crean sus culturas juveniles, con sus movimientos y políticas específicas.

¹⁰ No se debe percibir a los jóvenes de Brasil, o de cualquier otra parte del mundo, como funkeros o rappers meros reproductores o imitadores locales de expresiones culturales

Pero eso no significa que los jóvenes de las clases populares, también consumidores, sean plenamente reconocidos como ciudadanos por amplios segmentos de la sociedad: sus expresiones y movimientos culturales sufren del doble prejuicio de clase y étnico. Hay un modelo valorado entre las ofertas de bienes simbólicos producidos en y para el “escenario juvenil” que impone no sólo una estética o símbolos de distinción social, sino también un patrón de ciudadanía. Quien no lo consume es descalificado para la convivencia social y para la circulación en la esfera pública que, como demuestra Habermas (1984), en su origen es burgués.

No sin razón, Cruz defiende la necesidad de hacer un análisis de la biopolítica del consumo juvenil, “entendida como la clasificación disciplinaria de los cuerpos juveniles a través del acceso y frecuentación de ciertos bienes materiales y simbólicos” (CRUZ, 2006, p. 86), funciona como mediadora entre el capital y la interpretación cultural del valor.

De todos modos, ellos, *punks*, *darks*, *funkeiros* y *rappers*, entre otras subculturas, son jóvenes que se agrupan a partir del estilo donde se cruzan, y se crean, elementos de ocio, de consumo, mediáticos, políticos, culturales, etc. Y lo hacen para responder

exógenas, léase norteamericana, como acostumbran a apuntar determinados críticos nostálgicos de una supuesta cultura nacional popular. Primero, como expone Renato Ortiz (1998; 1996), éstas son mundializadas, o mejor dicho, expresiones de la cultura mundial popular, por lo tanto no poseen ya vínculos territoriales o nacionales. Segundo, en el proceso de globalización, o sea, de reterritorialización de dichas culturas, sea en una favela o en un conjunto habitacional, lo que ocurre es un proceso creativo, de traducción simbólica, de hibridación, nombres posibles para el mismo proceso que no es otro sino el de la antropofagia defendida por Oswald de Andrade (1990) en la primera mitad del siglo XX en relación de las posibilidades creativas de la cultura brasileira: “A mí sólo me interesa lo que no es mío”. Ver la discusión de Peter Burke (2003) sobre los objetos, terminologías, situaciones, reacciones y resultados del hibridismo cultural. Ver también los ensayos reunidos por Benjamin Abdala Júnior (2004) sobre mestizaje, hibridismo, transculturación, criollización. En el caso específico de las culturas juveniles, Rossana Cruz (2006) observa que este movimiento de relación de lo local con lo global, que la autora denomina de “re-localización”, es una respuesta de los jóvenes a los flujos globales creando y dotando de sentido nuevos territorios, o “comunidades de sentido”, o, podría añadir, “comunidades imaginadas”, en referencia al entendimiento que Benedict Anderson (2006) da a este término cuando discute la constitución del nacionalismo.

a los retos que la vida presente les ofrece y para posicionarse en ella. Abramo enumera algunos que vale la pena citar:

... la necesidad de construir una identidad y medio en la intensa complejidad y fragmentación del entorno urbano, y que se refleja en el peso señalizador y en la velocidad de las modas; la necesidad de estudiar los deseos estimulados por los crecientes clamores de consumo y las posibilidades de realizarlos; la necesidad de situarse frente a la avalancha de informaciones vehiculadas por los medios de comunicación; la necesidad de encontrar espacios de convivencia y diversión en un medio urbano modernizado pero aún pobre de opciones y segregacionista, adverso a los jóvenes con bajo poder adquisitivo; y la necesidad de elaborar la experiencia de la crisis, con las dificultades de articular perspectivas de futuro propios para sí y para la sociedad (Abramo, 1994, p. 83).

No todo colectivo juvenil se organiza alrededor de un principio identitario, sea basado en el estilo, en la doctrina política (aquí considero las tendencias del movimiento estudiantil), en el dialecto¹¹ u otro principio cualquiera. Es a partir de este contexto más amplio que, como remarca Rossana Cruz (2006), tiene relevancia preguntar sobre las formas organizadas y las culturas de los jóvenes, sus maneras de entender y sentirse en el mundo, los modos con los que se asumen como ciudadanos. La autora habla de un juego entre el exterior y el interior en las prácticas culturales juveniles. Como formas de “actuación política no institucionalizada”, estas culturas actúan en relación al exterior, a los otros, como medios de protección y seguridad frente a un orden excluyente. Ya internamente, funcionan como espacio de pertenencia y delimitación identitaria, con los cuales pueden constituir un sentido común en un tiempo de incertidumbres.

La cuestión que la autora se plantea, y la cual comparto, es: ¿hasta qué punto, en ese juego de protección y pertenencia, tales culturas juveniles organizadas en principios de identificación,

11 Para una discusión de cómo el lenguaje funciona entre los jóvenes como elemento de identificación, por lo tanto, de delimitación y de diferenciación, ver Elbaum (2000).

en general denominadas tribus, no acaban por cerrarse en guetos y a reproducir actitudes xenófobas e intolerantes? Por lo tanto, no es posible idealizar tales prácticas como portadoras de una “praxis redentora”. Las culturas juveniles y sus políticas están insertadas en el contexto socio-histórico del cual son constituyentes, y también por el cual son constituidas. Así, ellas reproducen, muchas veces, valores conservadores o retrógrados, como racismo, machismo, homofobia, etc.

Cabe destacar la observación de Abramo (1994) de que esas subculturas juveniles (ella se refiere específicamente a los *punks* y *darks*, pero podemos ampliar ese universo) se expresan públicamente por medio del “espectáculo”, de un “estilo espectacular”. Por medio de él, buscan romper las barreras simbólicas, y muchas veces físicas, que impiden a los jóvenes de las clases populares hacerse presentes en la esfera pública. Por medio de él, escenifican y comunican sus visiones del mundo.

Es lo que Cruz denomina dramatización de la identidad: la “auto presentación que los actores [sociales] ponen en escena con el fin de ‘hacerse reconocer’ como únicos y distintos” (Cruz, 2006, p. 98). Su presupuesto es que toda identidad tiene que mostrarse para tornarse efectiva, lo que resulta en la escenificación pública de sus marcas identitarias.

En definitiva, y pensando junto con Martín-Barbero (2000), observo en esos aparatosos movimientos y culturas juveniles la necesidad más amplia de los movimientos minoritarios, al no quedar satisfechos con la esfera de la representación política y buscar, ellos mismos, sus derechos al reconocimiento de sus diferencias por medio del derecho a ser vistos.

La contribución de la cartografía en la investigación sobre las juventudes y sus creaciones culturales y mediáticas

Como hemos visto en el anterior capítulo, la noción de juventud es un constructo social y al hablar de ella en singular (la juventud) ocurre una neutralización de diferencias sociales operativas entre los jóvenes (Bourdieu, 1983) – diferencias éstas que se elaboraron históricamente, pero que están siendo constantemente reelaboradas en el presente.

Las reflexiones que siguen buscan traer alguna contribución para las investigaciones que tienen como tema las creaciones y producciones culturales y mediáticas juveniles comprendidas como expresiones político-culturales de sus movimientos. Para ello, propongo entender las juventudes como minoría y adoptar la perspectiva de la cartografía como la más adecuada para acompañar y comprender sus dinámicas.

2.1. Las juventudes como minoría

Si los movimientos juveniles son “metáforas de la transformación social”, creo que el concepto de minoría responde mejor a estas metáforas. Son ellas (las minorías de generación, de género, sexuales, religiosas, étnicas, etc.) las que desde la segunda mitad del siglo pasado ocupan importantes espacios públicos y amplían las nociones de democracia y ciudadanía al exigir del Estado no sólo políticas de igualdad social, sino también el reconocimiento de sus diferencias culturales – lo que podemos pensar, a partir del modelo de generaciones de derecho y de ciudadanía (civil, política y social), como derecho y ciudadanía culturales (Cunha, 2000).

Las luchas minoritarias son ejemplos de búsqueda de equilibrio entre la igualdad y la libertad, valores que están en constante tensión entre sí y considerados como antitéticos por parte del pensamiento político (Bobbio, 1998; Mouffe, 2009; 1996). Recurriendo a los términos de Anthony Giddens (2002), podríamos decir que tales movimientos reúnen, con frecuencia, elementos de la “política emancipadora”, en su lucha por minimizar o eliminar la explotación y la desigualdad, y de la “política-vida”, en la búsqueda por afirmar la libertad de elección de un estilo de vida.

La cuestión que aparece para los movimientos minoritarios es que, en última instancia, las modernas constituciones tratan de la protección de las personas en sus individualidades, pues la idea de unicidad del individuo-ciudadano está en la base de la argumentación del liberalismo (Habermas, 1998). De esta forma, ¿cómo puede el ideario liberal dar cuenta de las actuales y cada vez más fuertes, recurrentes y relevantes luchas por el reconocimiento que aparecen con la articulación y la afirmación de culturas colectivas que están en disputa?

El problema está en reconocer el valor de las diferentes culturas, que remite siempre a un conjunto de personas, a una

comunidad. Como resalta Charles Taylor (1998), una de las características de la condición humana es su carácter dialógico, que implica decir que el establecimiento de una identidad individual se da sólo en el contacto y en la negociación con las alteridades.

Se puede observar que la lucha por el reconocimiento de las especificidades culturales tiene dos niveles. Uno, en la esfera privada, que se refiere a la manera como elaboramos nuestro encuentro con los demás. El segundo, justamente por este diálogo con el externo, se da en los espacios públicos, donde las minorías promueven por medio de sus movimientos sociales y sus luchas políticas lo que Habermas (1998) denomina “actualización consistente del sistema de derechos” - un sistema que no es una representación universal y atemporal de derechos básicos, pero que está influido por las especificidades de cada sociedad.

Aquí cabe definir mejor lo que entiendo por minoría. Muniz Sodré observa que si el término “minoría” remite, inmediatamente, a la cantidad, el antónimo de “mayoría”, como concepto, opera de manera cualitativa como una “voz cualitativa”. En Kant, *Mündigkeit* (mayoridad) significa “posibilidad de hablar” y *Unmündigkeit* (menoridad) la “imposibilidad de hablar”, por lo tanto “menor” es aquél que no tiene derecho a la plenitud de su habla. Así, se puede afirmar que la noción de minoría “se refiere a la posibilidad de tener voz activa o interferir en las instancias decisorias del Poder para aquellos sectores sociales o fracciones de clase comprometidas con las diversas modalidades de lucha asumidas por la cuestión social” (Sodré, 2005, p. 12).

Dialogando con la caracterización hecha por Sodré (2005), diría que las características del lugar minoritario serían: 1. su vulnerabilidad jurídico-social, pues, en general, las minorías no están contempladas en el ordenamiento jurídico vigente o, cuando lo están, tal ordenamiento no significa el reconocimiento de sus prácticas y discursos.; 2. su diferencia *in statu nascendi*, o

sea, siempre rehaciéndose, re-empezando; 3. su lucha contra-hegemónica contra el consenso establecido y el ordenamiento instituido y sus respectivos consentimientos, pues las minorías afirman sus peculiaridades y sus singularidades a partir de los movimientos en los y de los cuales se constituyen; 4. sus estrategias discursivas como recurso privilegiado de actuación.

Ahora bien, son los medios los que actualmente detentan el poder más grande de dar voz, de hacer existir socialmente los discursos. Uno de los requisitos previos, por lo tanto, para que las discusiones a favor del reconocimiento encuentren resonancia es su presencia en las estructuras de comunicación. Ocuparlas se hace una tarea primordial de la lucha de las minorías y de ellas la más radical es poder hablar y ser escuchada. Por lo tanto, la ciudadanía, para las minorías, empieza, ante todo, con el acceso democrático a los medios de comunicación y de producción cultural. Sólo así ellas pueden dar visibilidad y viabilizar otra imagen propia diferente a la creada por la mayoría (Barbalho, 2010; 2005).

Dicha afirmación es todavía más fundamental en un momento de convergencia tecnológica entre telecomunicación, comunicación e informática, resultando en un híbrido de estructuras, redes, procesos, contenidos y programas, que Dênis de Moraes (1998) denomina de infotelecomunicaciones y Muniz Sodré (1996) de tecnocultura. Dicho contexto favorece la formación de grandes conglomerados empresariales y transnacionales en el área de producción de contenidos simbólicos, acompañado en todo el “planeta medios” por procesos de desreglamentación y privatización del sector.

En una sociedad caracterizada como de la información, este bien (la información) está cada vez más concentrado en pocas empresas: en 1980, 50 compañías detentaban 90% de la facturación mundial en la producción, circulación y consumo de información y entretenimiento. Diez años después, sólo 25 empresas detentaban los mismos porcentajes. Como los ritmos de

fusión no pararon, podemos deducir que el número de empresas que responden por la producción casi absoluta de discos, libros, películas, *softwares*, *games*, información, *CD-ROMs*, entre otros productos y servicios, disminuyó desde el descubrimiento hecho por Moraes en el final de los años 1990. Y esas empresas tienen un papel fundamental en la (con)formación de la cultura mundial popular (Ortiz, 1996).

2.2. Los jóvenes como creadores y comunicadores

Como afirma Fèlix Guattari, contemporáneamente cabe a la comunicación masiva la producción de “*ersatz* de apariencias rituales y totémicas que ningún agenciamiento ‘natural’ está más en condiciones de secretar por sus propios medios” (Guattari, 1988, p. 78). No solo el territorio, o la etnia, o cualquier otro medio de vinculación social tradicional, ha dejado de producir modelos estandarizados y funcionales, sino que el “conjunto del espacio visual y sonoro” los significa como substitutos de segunda categoría. Aun no estando totalmente de acuerdo con Guattari y comprendiendo, sí, que los dispositivos tradicionales creadores de lazos sociales continúan actuando y con eficacia, el papel relevante de los medios como “cemento social” es innegable, en el sentido durkheimiano del término.

Este contexto es lo que motiva al investigador de las juventudes y sus creaciones simbólicas a comprender las formas de resistencia y las posibilidades de romper este cerco: ¿cómo actúan los movimientos juveniles en el campo cultural y comunicacional, utilizando los aparatos tecnológicos y creando sus propios circuitos de producción, circulación y fruición? Al fin y al cabo, el propio Guattari señala que “la manipulación del imaginario por los medios no puede ser reducida a una simple función ‘sedativa, para ‘calmar’ las representaciones pulsionales” (Guattari, 1988, p. 79), pues allí donde los medios se instauran, se instauran también “puntos de fuga”.

Retomando a Cruz (2006), es posible decir que la cuestión está en comprender cómo los grupos de jóvenes, que aprendieron a “tomar la palabra a su manera” y a “reapropiarse de los instrumentos de comunicación”, constituyen un “espacio de confrontación, producción y circulación de saberes”, y también de afectos, y cómo saberes y afectos se traducen en acciones político-culturales. Acciones que no corresponden a las formas tradicionales de la política y sus escenarios y, por eso, incomprendidas, calificadas como “alejadas”, o ni siquiera comprendidas como “políticas” sino, más bien, como manifestaciones estéticas (muchas veces calificadas de “mal gusto” por la mirada erudito-elitista).

Recurriendo a otro pensador fundamental de los estudios culturales latino-americanos, Jesús Martín-Barbeiro (2000) situó como ambiente de dicha cuestión el ecosistema comunicativo, compuesto por las tecnologías de producción, circulación y fruición/consumo de bienes simbólicos y sus nuevas sensibilidades y subjetividades. Ecosistema en que la juventud contemporánea parece encontrar su hábitat más adecuado.

A partir de ese ecosistema comunicativo, se hace necesario observar como estos jóvenes intervienen en el espacio público y, por medio de sus manifestaciones culturales, promueven la tesis de una cultura política alternativa a aquella hegemónica en la sociedad brasileña marcada por el autoritarismo, por el clientelismo, por las relaciones de dependencia y tutela. Vale destacar que, por actuar en la esfera mediática (radio, video, impresos, internet etc.), el alcance de las políticas de cultura promovidas por estos jóvenes trasciende su entorno inmediato y, mediante esos medios, relativiza los límites entre centro y periferia, poniendo en pauta las formas de actuación en un mundo globalizado.

Es importante resaltar siempre que estos movimientos juveniles no son portadores de una praxis pura, redentora. Estos están cargados de ambigüedades y accionan más o

menos, dependiendo de la situación, prácticas clientelistas, de favorecimiento, jerárquicas, etc. No obstante, aunque intercalados de valores autoritarios vigentes en la sociedad brasileña que los engloba, estos movimientos pueden afirmar nuevos sentidos en sus acciones.

¿Y cuáles serían los elementos innovadores? Si es correcta la identificación de las juventudes como minorías, serían aquellos promotores de los derechos a la igualdad y a la libertad de la diferencia. Dicho de otro modo, las prácticas propuestas e implementadas por estos jóvenes pueden ampliar los sentidos clásicos de democracia y de ciudadanía, redimensionándolos, al poner en escena la importancia de los procesos de subjetivación en sus trabajos de comunicación y cultura.

Al investigar las culturas juveniles en Colombia, Marín y Muñoz hablan de la necesidad de construir un pensamiento más cercano a la complejidad y a la dinámica de la cultura y que no sea pautado por la lógica binaria de la oposición, de la contradicción o de la complementación. Un pensamiento atento a la heterogeneidad, pero principalmente cualitativa y no sólo cuantitativa; atento “a la serie de robos, saqueos, reproducciones, simulaciones, re-apropiaciones e invenciones” de los movimientos juveniles. Un pensamiento que tenga la potencia de:

Captar los procesos de autocreación y construcción de nuevos modos de existencia dentro de las culturas a partir del movimiento, la mutación, la heterogeneidad y la conectividad que crece en proporciones exponenciales; **Ver estas explosiones de singularidad en las culturas** y las formas de operar dentro de las nuevas configuraciones de lo social, renunciando al hábito mental de ‘domesticar tanta diferencia’ o a la nostalgia por la ilusión de unidad que nos daba el concepto de ‘identidades juveniles’; **Considerar las diversas escalas en las que se producen las dinámicas de las culturas**, particularmente aquellas que registran el detalle, pues no es posible comprender estos finos movimientos desde la altura de un satélite; Diferenciar, en el proceso de producción de conocimiento, entre la pertinencia política de formular un concepto unificador y generalizador como ‘perspectiva generacional’, para que los jóvenes puedan reivindicarse como sujetos

con derechos, y la **potencia explicativa de conceptos que rebasan la identidad y se dirigen a las dinámicas reales de culturas juveniles en expansión, multiplicación y diversificación**". (Marín; Muñoz, 2002, p. 268 – subrayado por mí).

2.3. Por una cartografía de las creaciones juveniles

Muniz Sodré (2005) recurre al concepto de “devenir minoritario”, elaborado por Gilles Deleuze y Félix Guattari, para sustentar la idea del flujo que atraviesan las minorías y las constituyen como un “lugar” de paso en dirección a las formas de subjetivación no capitalistas. En ese contexto, un devenir es la posibilidad (o no) de un proceso singularizante delante de las estratificaciones dominantes de una sociedad; es la capacidad de subjetivación de una minoría que escapa a la individualización en serie del capital. La cuestión de las minorías, por esta vía de análisis, es la de la multiplicidad, de la pluralidad; la de constitución como movimientos procesuales y transversales a los estratos sociales. Por lo tanto, los discursos minoritarios son discursos desde “lugares”.

¿Y qué significa ser un “lugar”? Lugar, diferente a espacio, que es una abstracción, se refiere a la ocupación, a la ubicación de un cuerpo afectando al espacio. Al afectar, un lugar deja de ser sólo una localización física (lógica topográfica del mapa) y se convierte en un punto de articulación de fuerzas y de flujos, de diferencias, más que de identidades (lógica topológica de la cartografía). En este sentido Sodré define una minoría, o mejor dicho un “lugar minoritario”, como un “*topos* polarizador de turbulencias, conflictos, fermentación social” (Sodré, 2005, p. 12). Un lugar animado por flujos de poderes, por tomas de posición colectivas, de dinámicas conflictivas. Así, funciona mucho más como un dispositivo simbólico que como una institución jurídico-social.

Por lo tanto, para responder al reto de construir una investigación que dé cuenta de las creaciones culturales y mediá-

ticas juveniles, de sus lugares y de sus flujos, los procedimientos teórico-metodológicos ganan mucho si se inspiran en las indicaciones propuestas por la cartografía.

La característica de la cartografía es su flexibilidad y, por lo tanto, su capacidad de acompañar y de rehacerse con los movimientos y su transformaciones. Como enseña Guattari: “Los conceptos deben rendirse a las realidades y no al revés” (Guattari, 1988, p. 145). Por lo tanto, no existe una “cartografía universal” – siempre es contingente y provisoria. La cartografía, al renunciar a cualquier pretensión universalista, da cuenta de territorios existenciales (sensibles, cognitivos, afectivos, estéticos...) bien delimitados en tiempo y espacio, de procesos concretos de subjetivación (Guattari, 2000).

Así, al contrario del mapa, ésta no es estática, sino que es estética, creadora como expone Rolnik (2006). Las cartografías van constituyéndose con los territorios, toman cuerpo juntos, pues unas (las cartografías) no existen sin los otros (los territorios).

La cartografía responde mejor al reto de huir de la reducción o también de la eliminación de las diferencias que se generan en las investigaciones sociales, en su tentativa de entender el “objeto”. Evitar este movimiento, por ejemplo, era una de las preocupaciones de Glória Diógenes cuando hizo sus estudios sobre las pandillas en Fortaleza, capital de la provincia de Ceará. Al recurrir a la cartografía de la cultura y de la violencia de sectores de la juventud de esta ciudad implicados en pandillas y grupos de jóvenes amigos, Diógenes deseaba estudiar la “diferencia” fuera del “campo homogéneo de las prácticas sociales” y del aburrimiento de sus estándares teóricos y metodológicos. Su esfuerzo se centró en encuadrar la diferencia, al intentar descifrarla, “en los mismos referentes clásicos de la sociología de los grupos urbanos” (Diógenes, 1998, p. 57). Podríamos decir que ella estaba interesada en observar las políticas culturales de la diferencia de estos jóvenes (West, 1995).

Así, la tarea del cartógrafo de los paisajes psicosociales es posibilitar que los afectos y los deseos hablen, se expresen - afectos y deseos que piden pasaje y exigen del investigador una inmersión en sus intensidades. Lo que él (el investigador) hace es estar atento a los lenguajes que se le cruzan y devorar “lo que le parecen elementos posibles para la composición de las cartografías que se hacen necesarias” (Rolnik, 2006, p. 23). Su práctica responde “a las estrategias de las formaciones del deseo en el campo social” (Rolnik, 2006, p. 65) y la elección de cómo inventar lo social, de cómo inventar nuevos mundos. En este sentido, su práctica es inmediatamente política.

Por eso, la cartografía es la mejor forma para operar con las micropolíticas, entendidas no como políticas que actúan en el nivel micro de lo social, sino que movilizan otra lógica, la de las intensidades provocadas por la vibración del cuerpo al nivel molecular, al revés del campo molar de las representaciones. Cuando se pregunta dónde localizar las micropolíticas (y sus revoluciones) en el plano concreto, Sylvio Gadelha (1998) apunta: en los movimientos de las minorías, en las experiencias de auto-gestión, en la manera de hacer política de los ecologistas, en la experiencia de las radios-libres, en el Movimiento de los Sin-Tierra... Añado: en los movimientos de las culturas juveniles.

No es, por lo tanto, una cuestión de grado o de cantidad lo que separa la macro de la micropolítica, pero sí son de calidad y de naturaleza distintas. La macropolítica es el orden en el mapa, la representación de lo visible. Operando con unidades y totalizaciones, ella va sistematizando el *socius* por medio de oposiciones binarias, esto o aquello, negro o blanco, joven o mayor, etc. La micropolítica es el orden de las intensidades invisibles, donde no rigen elecciones entre polos excluyentes, pero sí agenciamientos en procesos de subjetivaciones relacionados con el mundo.

La cartografía está más capacitada para dar cuenta de los juegos de la *differance* (Derrida, 2001), del entre-lugar (Bhabha, 2005), de

la hibridación (Canclini, 1997), puestos en acción por los jóvenes implicados en sus producciones culturales y mediáticas. La cartografía “es la inteligibilidad del paisaje en sus accidentes, sus mutaciones” (Rolnik, 2006, p. 62), en sus movimientos invisibles e imprevisibles que convierten el paisaje visible (y vigente).

Pero, el cartógrafo es aquel que sabe y debe trabajar en los dos órdenes: en el molar y en el molecular, en la representación y en el flujo. Él está atento a la coexistencia de estas líneas de fuerza, pues sabe que ambas son indispensables en la producción de los territorios psicosociales. Como nos recuerda Guattari (1988), no es posible establecer una jerarquía sistémica entre lo elemental/molecular y lo compuesto/molar, pues del segundo siempre pueden emerger nuevas potencialidades que reorganizan los agenciamientos.

Los diversos deseos en flujos, nómadas, y sus agenciamientos se forman como territorios o cristalizaciones existenciales, más o menos estables. O, dicho de otro modo, lo que existe es la producción social real que se expresa en repertorios de procedimientos diversos y que son captados (pero no cooptados) por el cartógrafo. Así, él puede alcanzar alguna inteligibilidad sobre estos territorios, sobre esta realidad. En esta perspectiva, no se separa el campo material del campo de la representación, pues la producción del deseo y de la realidad son, al mismo tiempo, material, semiótica y social.

Para dar cuenta de los flujos y de los agenciamientos que se dan en la realidad social, el cartógrafo no se prenda a un corpus teórico predeterminado, pero recurre a todo el arsenal disponible, a partir de que éste sea fundamental para la expresión de los deseos. Por lo tanto, la teoría va construyéndose con la cartografía y su territorio. Como menciona Gadelha (1998), la cartografía funciona como un “dispositivo pragmático-analítico” lleno de herramientas conceptuales que constituyen y se constituyen en una vía de doble sentido entre teoría y práctica.

La idea de cartografía converge con la idea de mapa nocturno propuesta por Jesús Martín-Barbero (2002), pues su lógica, aunque

nombrada “mapa”, es cartográfica dado que busca dar cuenta de los flujos en la vida contemporánea por medio de imágenes de las relaciones sociales y sus entrelazamientos, de los caminos de fuga y sus laberintos. Se trata de una lógica fractal que realza las singularidades de los objetos y que se expresa “textilmente” en pliegues, desplegados, reverses, intertextos, intervalos.

Aquí recuerdo la defensa de Raquel Paiva de la necesidad de “trazar una nueva cartografía de la actualidad, en especial de las relaciones sociales, donde estén contempladas las nuevas estructuras de responsabilidad de las mediaciones sociales” (Paiva, 2005b, p. 16). Ella destaca el papel específico de los medios, entendidos hoy como la principal mediación social, una especie de mediación de las mediaciones, o un campo cuya función es mediar los otros campos.

Ahora bien, lo que se propone el mapa nocturno es justamente estudiar los medios de comunicación investigando “las matrices culturales, los espacios sociales y las operaciones comunicacionales de los diferentes actores del proceso (...) el lugar desde el que se formulan las preguntas, para asumir los márgenes no como tema sino como enzima” (Martín-Barbero, 2002, p. 16).

Estar atento a las mediaciones permite observar como la producción simbólica de los medios (“mediador de las mediaciones”) y su fruición están, a su vez, mediadas por diversos territorios de donde “proviene las construcciones que delimitan y configuran la materialidad social y la expresividad cultural” de los productos mediáticos (Martín-Barbero, 1997, p. 292). Martín-Barbero apunta algunas de esas mediaciones: la cotidianidad familiar, la temporalidad social y la competencia cultural. Añadiría: las culturas juveniles.

Al pensar en el universo específico de la juventud, Rossana Cruz argumenta que analizar las prácticas juveniles desde la perspectiva teórico-metodológica que denomina socio-cultural, y que es cartográfica en el sentido expuesto arriba, permite

observar “las relaciones entre estructuras o sujetos, entre control y formas de participación, entre el momento objetivo de la cultura y el momento subjetivo (...) comprender los modos en que cristalizan las representaciones, valores, normas, estilos, que animan a los colectivos juveniles...” (Cruz, 2006, p. 16). Por medio del enfoque socio-cultural (cartográfico) es posible problematizar el instituyente (y/o el constituyente), el instituido (y/o el constituido) y sus transformaciones. En otras palabras, las culturas y los movimientos de la juventud, sus fortalezas y debilidades, contradicciones y desarticulaciones, esperanzas y miedos, sus configuraciones, estrategias e interacciones comunicativas, en fin, sus micropolíticas.

Los jóvenes aquí son considerados como sujetos competentes para referirse al *socius*, como sujetos de discurso, y capaces de apropiarse y movilizar los datos sociales y simbólicos, por lo tanto, como agentes sociales. Sujetos discursivos y agentes sociales que negocian con los sistemas y las instituciones y están cargados de ambigüedades en ese proceso de relación con poderes horizontales (con otros movimientos sociales) y verticales (con las estructuras estatales, clases sociales dominantes).

Cruz es quien plantea la hipótesis de que para la mayoría de los jóvenes en Latinoamérica su percepción de lo que es ciudadanía se define en la práctica. Se trata de una “concepción activa” que se constituye en el hacer y que no es definida *a priori*. El investigador debe ponerse delante de las complejas construcciones de sentidos con las cuales los jóvenes median sus participaciones en los espacios públicos, sus prácticas, “el territorio privilegiado para explorar la participación juvenil, que no puede restringirse (...) a los ámbitos explícitamente formales” (Cruz, 2006, p. 161)¹².

12 Martín-Barbero (2000) ha hecho un esbozo cartográfico de cuatro mudanzas culturales articuladas entre sí y en las que lo joven asumía un papel primordial. Ellas serían: el actual desencantamiento del mundo; la constitución de una subjetividad descentrada; la recomposición del tiempo y espacio; y las transformaciones en el mundo del trabajo.

Se puede decir, para finalizar, que la propuesta metodológica esbozada y propuesta arriba busca llegar a una de las respuestas posibles para el reto formulado por Félix Guattari:

¿Qué es lo que permitirá que desemboquen por fin en una era post-mediática, despejándolas de los valores capitalistas segregacionistas y dando su plena expansión a los inicios actuales de revolución de la inteligencia, la sensibilidad y la creación? (Guattari, 2000, p. 26).

3

Las juventudes ante los poderes públicos

Entre los diversos elementos tratados en los capítulos anteriores, destaco las indicaciones, desde los autores referenciados, de que para comprender las juventudes y sus movimientos, culturas y políticas se hace necesario insertarlas en el universo social más amplio, incluso en una perspectiva histórica. Por eso, el esfuerzo ahora es percibir, en el contexto de Latinoamérica, destacando la sociedad brasileña, sus interfaces con los poderes públicos.

Interesa percibir cómo viene ocurriendo la institucionalización del sector de la población brasileña considerada como joven por medio de las acciones gubernamentales y sus posibles relaciones con las políticas de cultura de la juventud. Esta es una cuestión pertinente en un país que en 1940 tenía 8,2 millones de jóvenes entre 15 y 24 años y, al inicio del milenio, ya contabilizaba cerca de 34 millones, lo equivalente al 20% del total de la población. Si el límite de edad alcanza a los jóvenes de hasta 29 años, como ocurriere con algunas instituciones que trabajan con juventud, el número pasa a los 48 millones.

En el documento producido por la UNESCO (2004) “Políticas públicas de/para/con juventudes”¹³, desde la realidad latinoamericana, se encuentra la siguiente tipología sobre los grupos juveniles en una perspectiva socio-histórica: 1. grupos de estudiantes, únicos, que son reconocidos hasta los años 1960 por cuenta de sus movimientos y actuaciones en contextos legitimados de la sociedad y de la política, a la vez que a partir de una perspectiva crítica y opositorista; 2. juventudes urbanas de las clases populares que ganan visibilidad a partir de las décadas de 1960 y 1970 por medio de sus prácticas marcadas por formas violentas; 3. en ese mismo periodo, ocurre el surgimiento de una nueva juventud rural que se organiza en torno de movimientos sociales y de la reforma agraria; 4. en un período más reciente, las mujeres jóvenes vienen alcanzando papeles destacados en los nuevos movimientos sociales, como el étnico y el feminista, y en los de barrio; 5. también de forma más reciente, la presencia de los jóvenes en organizaciones no-gubernamentales y/o de base comunitaria dirigidas, en especial, hacia la cultura; 6. finalmente, los grupos juveniles articulados en torno de las cuestiones étnicas, destacando los indígenas y afrodescendientes.

Aunque parcial, como todas las tipologías, este panorama es importante, primero, porque está producido por una institución fundamental en la producción de saberes y discursos sobre la juventud como es la UNESCO¹⁴. Segundo, porque explicita el papel de las ONG’s entre y para los movimientos y culturas

13 Seguiré, en gran medida, las consideraciones presentadas en este documento, primero, porque resulta de los estudios que la UNESCO viene haciendo sobre la juventud brasileña desde 1997. Segundo, porque no se limita a la realidad del país y traza un panorama de Latinoamérica desde un conjunto de investigaciones producidas en esta región. Tercero, por la propia naturaleza institucional de la UNESCO, que, además de respaldo internacional en sus evaluaciones y acciones, opera con cierta independencia respecto a los poderes públicos.

14 Para tener noción de la importancia de la ONU/UNESCO en relación a la juventud, fue la Asamblea General de las Naciones Unidas que definió la franja etaria de los 15 a los 24 como siendo la del “joven”, en el momento que fue lanzado el “Año Internacional de la Juventud” (1985) – definición esa que pauta, aún hoy, las políticas gubernamentales de diversos países en todos los continentes, o sea, una definición que se propone “universal”.

juveniles. En la evaluación del documento, los jóvenes vinculados a estas organizaciones desempeñan importantes funciones, por ejemplo, en la educación para la ciudadanía, en la afirmación de las culturas étnicas y en la promoción de la cultura juvenil creativa. Además de componer un campo de trabajo significativo para la juventud.

El documento expone los enfoques con que estos tipos de juventud fueron abordados por los poderes públicos en Latinoamérica. El primer enfoque es el de “grupo de riesgo”. Desde esta perspectiva analítica, los jóvenes son observados desde los indicadores económicos y sociales que apuntan la situación de vulnerabilidad en que gran parte de este sector de la población se encuentra. La respuesta de los gobiernos, cuando se limita a ese enfoque, no pone en pauta el derecho a la ciudadanía de los jóvenes de las clases populares (que son los que se encuentran en situaciones sociales precarias). Las políticas adoptadas buscan resolver los problemas alargando el acceso de los servicios ya existentes en la salud, educación, generación de empleos, etc. Asume, por lo tanto, un aspecto asistencialista y paternalista del Estado como regulador de la ciudadanía, como dijo Wanderley Santos (1979).

El otro enfoque es el de la juventud como “sujeto de derecho”. Si en el caso anterior no hay preocupación de que los jóvenes asuman iniciativas y participen de los procesos decisorios, en esta perspectiva ellos son vistos como ciudadanos y titulares de derechos conquistados que no fueron dados por el poder público. Vale destacar el papel de las ONGs, principalmente de aquellas especializadas en actuar con el público infantil y adolescente, en el fortalecimiento de esta visión, tanto en la sociedad civil como en el Estado.

El tercer enfoque destacado por el documento de la UNESCO es el que trata a los jóvenes como “actores estratégicos en el desarrollo”. El objetivo es desarrollar programas que estimulen la participación de la juventud en la implementación de políticas

públicas desde servicios voluntarios. El cuarto y último enfoque está muy cerca de esta perspectiva: la de la “construcción del capital social” y su “empoderamiento”, pues defiende que los jóvenes detenten capital social individual (capacidad emprendedora) y colectivo (apoyos sociales), así como que sean empoderados, o sea, que sean “ofrecidos” a los jóvenes instrumentos para negociar con aquellos que toman las decisiones.

Si el primer enfoque está marcado por viejas y persistentes lógicas autoritarias de clientelismo, paternalismo y asistencialismo, el tercer y cuarto enfoque parecen moverse por los valores defendidos en la actual boga liberal que han promovido las reformas de Estado en toda la región, así como la revisión de determinados valores en el interior de la sociedad civil. Así, la idea parece ser la de promover en la juventud la lógica de la eficiencia, del liderazgo, de la competencia, del emprendedorismo, de la iniciativa individual. Aún queda el enfoque del “sujeto de derecho”. Si este está limitado, como evalúa la UNESCO, por cuenta de su origen en las luchas en defensa de los niños y, como resultado, no ha considerado las diferencias entre infancia, adolescencia y juventud, ni ha realizado “una lectura rigurosa de las eventuales contribuciones y obligaciones que los jóvenes pueden ofrecer a la sociedad (UNESCO, 2004, p. 140), creo que tales limitaciones pueden ser vistas como potencial al dejar abiertas esas definiciones. Así, los movimientos y las culturas juveniles pueden trazar otros valores diferentes a los promovidos desde la matriz liberal como el “desarrollo”, el “empoderamiento” o el “capital social”, entre otros.

De acuerdo con el documento, las políticas desarrolladas en Latinoamérica dirigidas hacia la juventud y que responden a la tipología y a los enfoques arriba expuestos, pueden ser reunidas en torno a cuatro “modelos”. El primer modelo se centra en la educación y el tiempo libre. En la cuestión de la educación, las conquistas son evidentes al incorporar amplios sectores de la juventud tanto a la enseñanza básica como a la superior. No

obstante, si en las políticas educativas los resultados han sido cuantitativos en el sentido de incorporar las nuevas generaciones, con el pasar de las décadas la movilidad social permitida por la posesión del título escolar encontró su límite. Las causas se relacionan, en gran parte, con la caída en la calidad de la enseñanza ofrecida por los poderes públicos y la huida en masa de los sectores medios hacia el sector privado.

Paralelamente al crecimiento del sistema público de enseñanza, los gobiernos latinoamericanos han empezado también a actuar en el control del tiempo libre de sus juventudes, en especial en lo que respecta al uso de drogas legales e ilegales y a la sexualidad. Tal perspectiva estimuló la creación de programas dirigidos para el deporte, el ocio y la cultura, así como de servicios de salud dirigidos al joven con el objetivo de, principalmente, la prevención de enfermedades de transmisión sexual.

El segundo modelo de actuación de las políticas para la juventud es el del control específico sobre los estudiantes, en especial los universitarios, lo que ocurrió de manera intensa en los años 1960 y 1970, momentos de polarización político-ideológica en Latinoamérica y establecimiento de sus dictaduras militares. Los estudiantes movilizados y organizados, incluso asociándose a otros movimientos como los de los trabajadores urbanos y rurales, fueron objetivo de programas gubernamentales, muchos creados en asociación con instituciones norteamericanas, con el propósito de controlarlos y aislarlos del resto de los movimientos sociales, restringiéndolos al campus universitario.

El tercer modelo presentado por el documento de la UNESCO se desarrolla en el vacío de la redemocratización y de la crisis económica que marcó a los países latinoamericanos. Fueron elaboradas diversas políticas de combate a la pobreza (transferencia directa de recursos, mecanismos asistencialistas en la salud y en la alimentación, creación de empleos transitorios, etc.) que, aunque no orientadas explícitamente hacia la juventud, tuvieron en esta una de sus principales beneficiarias, pues muchos de estos programas

tenían como objetivo la prevención de “conductas delictivas”, diversas veces imputadas a los jóvenes de las clases populares.

Es importante percibir, siguiendo las consideraciones del documento, que muchas de estas políticas elaboradas en y para el contexto de la crisis estructural del capitalismo en los años 1980 están siendo retomadas, ahora en una lógica más integral y estable, con vistas a afrontar la inseguridad urbana, como es el caso de los programas de seguridad ciudadana dirigidos a los jóvenes y que están siendo adoptados en diversos países latinoamericanos.

Respecto al cuarto y último modelo identificado en el documento, su elaboración fue iniciada en los años 1990 pauta en gran parte por los discursos y acciones neoliberales. Su lema es promover el “capital humano” de los jóvenes orientado hacia el desarrollo. El programa precursor en esta línea de actuación fue el “Chile Joven”, iniciado en 1990 – lugar y fecha significativos en lo que respecta a la agenda liberal en Latinoamérica. Como este modelo tiene interfaz con la actuación de las ONG’s junto a los jóvenes, reproduzco lo que dice el documento sobre esta línea de actuación que denomina “Inversión en capital humano en el marco de la transformación productiva”:

Se trata, en general, de medidas destinadas a capacitar en períodos relativamente breves y mediante modalidades operacionales innovadoras, concentrando las preocupaciones más que en la simple calificación técnica en la pertinencia de los oficios que se seleccionan y en la efectiva inserción de los jóvenes en el trabajo. **Esos programas son ejecutados a través de diversas entidades públicas y privadas, en un marco de reglas de juego competitivas;** los gobiernos participan en funciones de diseño, supervisión y evaluación, alejados de la ejecución. Lo que se busca es **incorporar a los jóvenes en la modernización social** y la transformación productiva que exigen los procesos de inserción internacional (UNESCO, 2004, p. 63 – los subrayados son míos).

En la evaluación de la UNESCO, los cuatro modelos paradigmáticos de políticas de juventud en Latinoamérica traje-

ron avances en diversas áreas específicas, pero sin articulación ni mantenimiento de los logros por un largo período, de forma que para el público-blanco las repercusiones fueron débiles e inconstantes. Si hay mejorías en la educación, en la salud, en el empleo y en el ocio, el documento evalúa que poco se avanzó en lo que respecta a la participación ciudadana juvenil y en la prevención de la violencia.

En el caso de la educación, las ganancias se dan principalmente en relación a la universalización de la enseñanza y a la ampliación de plazas en la enseñanza superior, como se observa en el aumento de los gastos públicos en la región, que pasan de 2,9% del Producto Interior Bruto (PIB) en 1970 al 4,5% en 2000. Sin embargo, el fracaso escolar, que no se expresa sólo en el abandono escolar, es un problema generalizado en todos los países. Este es el resultado de diferentes problemas, entre los que aparecen cuerpo docente desmotivado, condiciones infraestructurales inadecuadas y, lo que nos interesa sobremanera, el distanciamiento entre las culturas juveniles y la cultura escolar.

En lo que respecta a la salud, destacan las políticas de prevención de las enfermedades de transmisión sexual y los programas de prevención del embarazo no deseado. Pero, como ya se ha dicho antes, en lo que respecta a la violencia física sufrida por los jóvenes hay mucho por hacer. El informe destaca los ya citados “programas de seguridad ciudadana”, implementados en Colombia, El Salvador y Uruguay, o versiones de estos programas que trabajan de manera preventiva y que involucran a los jóvenes, incluso reintroduciendo a los que cometieron crímenes en la convivencia social.

En el caso del empleo, el avance está en los programas de capacitación de la juventud, en especial de los jóvenes que abandonaron la enseñanza formal, promoviendo, en palabras del documento, el aumento de su “capital social”. Los límites de tales acciones son del propio mercado de trabajo que no consigue absorber a estos jóvenes (re)calificados y “emprendedores”.

Un punto que afecta directamente a nuestra discusión es el concepto de la formación ciudadana de los jóvenes que, según la UNESCO, fue objeto de poca inversión por parte de los poderes públicos en Latinoamérica. Hay una constatación generalizada sobre la “apatía” de la juventud y su alejamiento de las instituciones y esferas clásicas de la política (partidos, sindicatos, etc.). No estoy de acuerdo con esa afirmación. Como he discutido antes, se trata de evaluar, o mejor, reconocer sólo determinadas maneras de participación política y de ciudadanía, lo que lleva al desconocimiento, muchas veces intencionado, de las líneas de fuga que la juventud viene creando ante la crisis de la lógica de la política de la representación y de la ciudadanía liberal.

Como revelan las encuestas utilizadas por el documento, los jóvenes, cuando son consultados, demuestran interés especial en lo *socius* de manera organizada. O sea, el rechazo no es exactamente por la política, pero sí por la manera hegemónica con la que ésta se lleva a cabo. Tanto es así, que la participación juvenil llega a ser mayoritaria en movimientos por la paz, por la ética, por otra globalización, participación y movimientos que recurren a otros formatos que privilegian la interacción en redes, las organizaciones no gubernamentales, etc.

Es interesante el análisis al respecto de la actuación de las ONG’s en los países latinoamericanos cuyos Estados, en general, pasan por procesos de amplias reformas marcadas por la privatización de los servicios públicos y por la desreglamentación de los sectores estratégicos. Lo que está ocurriendo es que las organizaciones no gubernamentales, incluso las que actúan con la juventud, están dejando de ser “oposición” al gobierno, por cuenta de la redemocratización que la región viene viviendo desde los años 1980 y de las reformas de Estado indicadas. Ahora, las ONG’s pasan a estar asociadas con los poderes públicos en el diseño, en la implementación y en la evaluación de políticas públicas. La financiación externa de estas instituciones resulta cada día más

reducida y, como compensación, ellas venden “servicios” a los gobiernos - movimiento que, a su vez, converge con la actual “tercerización” de determinadas políticas y servicios públicos.

Cuando se habla de organización no gubernamental, o, lo que es más impreciso, del Tercer Sector, se refiere a una parcela muy amplia y diversa (y muchas veces conflictiva) de instituciones y sus respectivos intereses y actuaciones. De modo que no se puede deducir, *a priori*, que toda ONG que actúa con la juventud (o en otros sectores) sea socia, o mejor, cliente del poder público, reforzando el proceso de disminución del Estado. En el caso de Brasil, por ejemplo, el documento resalta “la presencia de los jóvenes en organizaciones que ejercen una ciudadanía activa, por el control social y crítico ante las políticas del Estado que favorecen el mercado” (UNESCO, 2004, p. 74). No obstante, en los casos en que hay, más que una contratación de servicios, asociación entre las ONGs y el poder público, se identifican resultados positivos y experiencias exitosas.

Según la UNESCO, la inversión pública dirigida hacia la juventud en Latinoamérica tiene dos características. La primera sería la cantidad significativa, pero limitada de inversiones, si se compara con otros sectores de la población. Segundo, las inversiones se concentran en el área educacional, lo que se deduce, de lo que ya se ha presentado hasta ahora. Otro elemento que es posible añadir a esa caracterización es que parte de esta inversión viene de inversores y programas de cooperación internacionales que, en general, son limitados y funcionan a corto plazo. Si el Estado no asume posteriormente las acciones en su totalidad, estas tienden a desaparecer y a sufrir problemas de continuidad.

Otro dato importante que los estudios de la UNESCO presentan está relacionado con los discursos que sustentan las políticas de juventud. El discurso hegemónico operado por diferentes sectores gubernamentales es que la juventud representa el “futuro de la nación”, por lo tanto, la inversión sobre el joven se orienta a transformarlo en un adulto preparado

para su actuación en la sociedad, de ahí el privilegio en la inversión educacional, en el ámbito de la enseñanza formal o en la cualificación para el trabajo. Solamente algunos sectores, dirigidos más específicamente a los jóvenes y, por lo tanto, en contacto directo con ellos, asumen el discurso de su público, o sea, de valorización del presente.

Hecho este paseo por Latinoamérica, y aún acompañados por las consideraciones del documento “Políticas públicas de/para/ con juventudes”, vamos a adentrarnos en la realidad brasileña.

Si el concepto de juventud, tal como se comprende hoy, viene siendo construido desde la posguerra, las legislaciones y políticas dirigidas al público infantil y adolescente datan de mucho antes. Así, en Brasil se creó el primer Código de Menores en 1927, conocido como Código Mello Matos, dirigido al “saneamiento” social, con sesgo moralizante y ordenador. Su propuesta era crear mecanismos que protegiesen a los “menores” de los caminos desviantes de la norma. En 1941, basado en el Código, fue instituido el Servicio de Asistencia al Menor (SAM).

El Código Mello Matos no fue eliminado hasta el final de los años 1970, cuando fue sustituido por el Código de Menores. A su vez, al inicio del régimen militar en 1964, el SAM fue extinguido y apareció la Fundación Nacional del Bienestar del Menor (FUNABEM), órgano responsable de la implementación de la Política Nacional de Bienestar del Menor (PNBEM). Sin embargo, la lógica del control era la misma, acentuada por la confluencia con la Ley de Seguridad Nacional impuesta por los militares. A pesar del fin de los gobiernos dictatoriales y del retorno a la democracia en 1985, tuvo que pasar mucho tiempo para que la concepción de “minoridad”, basada en un aspecto cronológico para definir los niños y los adolescentes, perdiera espacio.

La “Constitución Ciudadana” de 1988 sólo se refiere una única vez a la “juventud” cuando establece, en el artículo 24, las competencias de los poderes públicos en la protección de

la niñez y de la juventud. El Código Civil, que data de 2002, define en su artículo 3o que “son absolutamente incapaces de ejercer personalmente los actos de la vida civil los menores de dieciséis años”. En el caso de los que tienen entre 16 y 18 años son “incapaces, relativamente a ciertos actos, o a la manera de ejercerlos”. Pero cuando la persona cumple los 18 años, su minoridad automáticamente cesa y ella se torna apta para la “práctica de todos los actos de la vida civil”.

También legislaciones avanzadas como el Estatuto del Niño y del Adolescente (ECA) de 1990, que sustituyó el Código de Menores, y la Ley Orgánica de la Asistencia Social de 1993, a pesar de significar ganancias indiscutibles en el trato con esta parcela de la población que pasa a ser vista como sujetos de derecho, no mencionan a aquellos que están con más de 18 años, que son simplemente considerados como ingresos en la “mayoría”, o sea, sujetos adultos.

La UNESCO apunta la inexistencia en Brasil, por lo menos hasta 2004, de un marco legal que reúna las normas relativas a las políticas públicas destinadas a la juventud. Lo que hay son legislaciones fragmentadas y no sistemáticas que, en la mayoría de las veces, “disponen sobre sus conductas [de la juventud], derechos y obligaciones, sin presentar, sin embargo, un enfoque estratégico y general, pues son creadas en vista de situaciones de emergencia y, en muchos casos, de corto plazo” (UNESCO, 2004, p. 83). Por lo tanto, al revés de lo ocurrido con los niños y adolescentes que tuvieron sus derechos reconocidos en la Constitución de 1988 y reglamentados por el ECA, los jóvenes de entre 18 y 24 años no fueron contemplados con normas legales que definieran un conjunto de derechos para esa población. Este sería el instrumento que serviría de base para el establecimiento de políticas públicas para la juventud.

Frente a esa ausencia, la comprensión predominante es que esa parte de la población ya tiene sus derechos asegurados, como el resto de la población brasileña, sin que se hiciera ningún tipo

de diferencia, a partir del artículo 60 de la Constitución que dice que “son derechos sociales la educación, la salud, el trabajo, la vivienda, el ocio, la seguridad, la seguridad social, la protección a la maternidad e infancia, la asistencia a los desamparados...”. Los poderes públicos deben apoyarse en ese artículo para establecer políticas para la juventud, que, a su vez, “se ha vuelto más vulnerable en función justamente de esa ausencia de atención especial e integral” (UNESCO, 2004, p. 87).

Aquí se plantea de forma evidente la importancia de los movimientos minoritarios, como los de la juventud, al provocar tensiones en los límites de la democracia exigiendo políticas igualitarias, como el reconocimiento de sus diferencias. Pienso específicamente en el derecho a la cultura, derecho social que, si puede ser considerado como uno de los derechos fundamentales para toda la sociedad, es todavía más importante para la juventud, como hemos visto antes, y que no está explicitado en el artículo 60.

Analizando cómo contempla el gobierno Lula la cuestión de la juventud en sus políticas, el documento concluye, a partir de lo que está propuesto en el Plan Plurianual (PPA) 2004-2007, que: 1. el foco es la adolescencia y no necesariamente la juventud y 2. los jóvenes priorizados son aquellos en situación de vulnerabilidad. Y aún más, las acciones propuestas en salud, en educación, en empleo y generación de ingresos, en el atendimiento socioeducativo, entre otras, están sectorializadas, sin ninguna articulación entre ellas¹⁵.

No se trata de traer el largo análisis que el equipo de la UNESCO hace de los programas que afectan a la juventud brasileña, directa o indirectamente, de manera exclusiva o no. En total, son identificados 69 proyectos en ese perfil, que están distribuidos entre los diferentes órganos del gobierno federal (ministerios, secretarías y agencias). Quiero subrayar sólo aquellos que están

¹⁵ No es una coincidencia que fuera creado en 2004 el Grupo de Trabajo Interministerial de Políticas para la Juventud, involucrando a 12 ministerios y otros órganos federales con vistas a promover la conjunción de esfuerzos en lo que se refiere a políticas para la juventud.

relacionados directamente con la cultura: *Ver Cinema* (ver cine), *Ser Brasil*, de la Agencia Nacional del Cine (ANCINE); *Cinema, Som e Vídeo* (cine, sonido y video); *Engenho das Artes* (ingenio de las artes); *Livro Aberto* (libro abierto); *Cultura, Identidade e Cidadania* (cultura, identidad y ciudadanía) del Ministerio de la Cultura (MinC) e Identidade Étnica e Patrimônio Cultural dos Povos Indígenas (identidad étnica y patrimonio cultural de los pueblos indígenas) del Ministerio de la Justicia (MJ). Observando el título de los programas, se percibe el énfasis dado a la cuestión identitaria y a la cultura audiovisual. Otros importantes documentos sobre la juventud en Brasil son los Informes de Desarrollo Juvenil que se apoyan en datos sobre educación, salud e ingresos, y que fueron lanzados en 2001, 2003 y 2007.

Analizando el Informe de Desarrollo Juvenil de 2003, el documento “Políticas públicas de/para/con juventudes” constata, por lo que se refiere a la educación, que los jóvenes de las clases populares empiezan a trabajar a una edad cada vez más temprana y dejan la escuela entre los 15 y 17 años, muchas veces sin terminar la educación primaria, lo que limita sus posibilidades de ingreso en el mercado de trabajo.

En el caso de la salud, el Informe corrobora la percepción que todo ciudadano tiene al seguir la prensa nacional: que los jóvenes de las clases populares están expuestos a la muerte por causas violentas. Además, expone la fragilidad, o ausencia, de políticas de salud específicas para los jóvenes.

En relación a la renta, el estudio revela las desigualdades regionales y étnicas. La media para Brasil de la renta familiar *per capita* (RFPC) de los jóvenes es de 1,46 salarios mínimos. Sin embargo, en Alagoas es de 0,73, mientras que en Distrito Federal es de 2,46. En relación a la cuestión étnica, el Informe demuestra que las familias de jóvenes blancos tienen RFPC alrededor de 2 salarios mínimos, mientras en las de jóvenes negros el índice cae hasta 0,9.

En relación al Índice de Desarrollo Juvenil (IDJ)¹⁶, el estado mejor ubicado es Santa Catarina con 0,673. El peor es Alagoas, con 0,337. Ceará está en la decimoctava colocación con 0,44. Los datos del estado de su juventud son los siguientes: índice de analfabetismo: 0,530; índice de escolarización adecuada: 0,358; índice de calidad de enseñanza: 0,349; índice total de educación: 0,412; índice de mortalidad – causas internas: 0,585; índice de mortalidad - causas externas: 0,742; índice total salud: 0,663; índice renta: 0,243.

El Informe destaca la situación de un grupo de jóvenes particularmente vulnerables, pues no estudian, no trabajan ni tampoco buscan empleo. En la franja entre los 15 y 24 años, el porcentaje de los jóvenes que se encuentran en esa situación es de 22%, lo que equivale, en números de 2003, a 11 millones de jóvenes brasileños, destacando, en ese universo, las mujeres jóvenes que tuvieron hijos.

A partir del Informe de Desarrollo Juvenil 2007, se sabe que la población brasileña ubicada en la franja de entre 15 y 24 años equivale a 18,5% del total, lo que significa 34.709.905 jóvenes. En relación a los índices de analfabetismo juvenil, hay un significativo descenso en relación al informe anterior. En 2003, eran el 3,4% de los jóvenes y en 2006 (año base de los datos del Informe 2007), el 2,4%. Sin embargo, continúan las disparidades regionales. En las regiones Sur, Sudeste y Centro-Oeste, la cantidad de jóvenes analfabetos gira, como media, alrededor del 1%. En Nordeste, este número sube hasta el 5,3%. En Alagoas, aparece la peor tasa del país, el 8,2% de los jóvenes

16 El IDJ fue formulado de modo semejante al Índice de Desarrollo Humano (IDH), pero dejando aparte cualquier consideración de las peculiaridades de la población juvenil y brasileña. Así, los indicadores que entran en la composición del IDJ son: 1. educación – medida a partir de los índices de analfabetismo; escolarización adecuada y calidad de la enseñanza; 2. Salud – medida por medio de los indicadores de mortalidad por causas internas (problemas de salud física) y mortalidad por causas violentas; y 3. renta – evaluada por medio de la renta familiar per cápita, que corresponde al total de rentas mensuales alcanzadas por el grupo familiar de los jóvenes de 15 a 24 años relacionado con el número de miembros del grupo.

son analfabetos y en Santa Catarina y São Paulo el índice cae hasta el 0,7%. En Ceará, la tasa de jóvenes analfabetos es del 4,6% (en 2003 era el 7,0%).

En relación a la escolarización adecuada, uno de los indicadores de composición del IDJ, el Informe presenta datos preocupantes: más de la mitad (53,155) de los jóvenes de entre 15 y 24 años están fuera de la escuela. Y entre los que frecuentan las instituciones de enseñanza, 14% están fuera de su franja. En Ceará, los datos son aún peores: en 2006 el 54,2% de los jóvenes no estudiaban y el 16,3% estaban en niveles de escolarización inadecuados para su edad.

Por lo que se refiere a la calidad de la enseñanza, evaluada por medio del Sistema Nacional de Evaluación de Educación Básica (SAEB), hay una caída significativa en el conocimiento de los alumnos, en los exámenes de portugués y matemática aplicada en el primer curso de la Educación Secundaria y en el último curso del Bachillerato. La caída media registrada en la década 1996-05 es del 7,6%.

En relación a la renta, el Informe de Desarrollo Juvenil 2007 demuestra que la renta familiar *per cápita* cayó desde el último informe, sin embargo a un ritmo más bajo en relación a la caída del período 2001-2003. Esta representó un descenso de 10,3%, y entre 2003 y 2006 fue de 6%. En Ceará, los números son, respectivamente, de 11,8% y 5,4%. Tal y cómo evalúa el documento, por los números de la renta familiar de los jóvenes es posible identificar los “dos Brasiles”: uno, formado por las regiones Sur, Sudeste y Centro-Oeste, con rentas más altas, y el otro formado por las regiones Norte y Nordeste, con rentas más bajas. A su vez, “esa concentración regional acompaña y refuerza la concentración en el interior de cada estado” y se revela en la concentración de renta en el país, “hazaña que pone Brasil entre los países con peor distribución de renta en el mundo” (Waiselfisz, 2007, p. 68).

Más preocupante son los números que retratan a aquellos jóvenes que no estudian, ni tampoco trabajan. En Brasil, la

media en 2006 es del 19,9%, o sea, casi siete millones de jóvenes en situación de extrema vulnerabilidad, una situación un poco menos incómoda que en 2003. En Ceará los datos son los siguientes: jóvenes que sólo estudian: 28,8%; que sólo trabajan: 32,1%; que estudian y trabajan: 16,9%; que ni estudian, ni trabajan: 22,1%.

Por último, en relación a la salud, a partir de los índices de mortalidad juvenil, el informe apunta que el 72,8% de los jóvenes murieron por causas externas (homicidios, suicidios y accidentes de tráfico). Si tomamos los números en relación a la población no joven, ocurre una inversión: solamente el 9,8% murieron por cuenta de esas causas. En el caso específico de Ceará, los números son un poco más bajos que la media nacional: 67,7% de los fallecimientos han sido causados por homicidios, suicidios o accidentes de tráfico.

A pesar de no estar en la composición del IDJ, el Informe de Desarrollo Juvenil 2007 trae datos sobre el acceso de los jóvenes al universo digital. En relación al acceso domiciliario a internet, en 2003, el 12,4% de los jóvenes brasileños disponían de este servicio. En 2006, hubo un pequeño aumento: el 18,6% accedían a internet desde casa. En el caso de Ceará, el número es muy inferior a la media nacional: el 7,5% de los jóvenes tienen internet en sus hogares.

Evaluated todos esos índices, tenemos el IDJ de 2007 que muestra la media para Brasil de 0,535, lo que significa una ligera caída en relación al de 2003. En el caso de Ceará, se percibe un pequeño avance, una vez que su IDJ de 2007 fue de 0,458. Las conclusiones a las que llegamos con el Informe de Desarrollo Juvenil 2007 no son alentadoras. A pesar de la constatación de algunos avances, “existen aún fuertes factores limitantes obstaculizando el acceso de nuestros jóvenes a los beneficios sociales básicos”, a la vez que, “a las contradicciones y exclusiones que acometen al resto de la población, la condición de ser joven se agrega a sus propias necesidades y derechos fundamentales todavía insatisfechos” (Waiselfisz, 2007, p. 156).

Juventud, ciudadanía y comunicación

Pierre Bourdieu, al hacer una introducción a la sociología reflexiva, defiende que cuando el sociólogo deja en “estado impensado su propio pensamiento” se condena a sí mismo a ser un “instrumento de aquello que quiere pensar”. Para romper con ese estado, Bourdieu indica la necesidad de hacerse con la “historia social de los problemas, de los objetos y de los instrumentos de pensamiento, es decir, del trabajo social de construcción de instrumentos de construcción de la realidad social” (Bourdieu, 1989, p. 36), trabajo este que opera en el *socius*, sea en su conjunto o en alguno de sus campos especializados, incluso, y en especial, en el campo de las ciencias sociales.

Hacer esa historia social propuesta por Bourdieu es comprender la emergencia de esos problemas, objetos e instrumentos del pensamiento, su constitución progresiva por medio del trabajo colectivo realizado en el interior de las ciencias sociales, dentro de la lógica de funcionamiento del campo, a punto de revertirse en problemas legítimos, socialmente producidos.

Las indicaciones del sociólogo francés no tan sólo son válidas para las ciencias sociales, o humanas, sino que se trata de un presupuesto aplicable a todo el campo científico y académico, puesto que también el más exacto de los conocimientos resulta

de un trabajo colectivo, por lo tanto social, de construcción. Dicho esto, afirmo que el esfuerzo de la historia social de los problemas, de los objetos y de los instrumentos de pensamiento también es válido en el campo de la Comunicación.

El esfuerzo analítico que sigue, en los límites impuestos por la naturaleza de este capítulo, se guía en las orientaciones de Bourdieu para hacer una recopilación del “estado da arte” sobre las investigaciones que abordan las relaciones mediadas por la comunicación entre juventud y ciudadanía. El recorte de análisis (y uno de los límites a los que me he referido) son los trabajos presentados en el Grupo de Investigación “Comunicación para la Ciudadanía”, integrante del cuadro de grupos de investigación de la Sociedad Brasileña de Estudios Interdisciplinarios de la Comunicación (Intercom), desde su surgimiento en 2001 hasta 2009¹⁷. Para eso, procedo a un análisis cuantitativo (la presencia del tema juventud en el universo de los artículos) y cualitativo (cómo la juventud es problematizada a lo largo de los nueve encuentros anuales).

4.1. El Grupo de Investigación “Comunicación para la ciudadanía”: Una breve trayectoria¹⁸

El Núcleo de Investigación (NP) y posteriormente Grupo de Investigación (GP) “Comunicación para la Ciudadanía” surgió en 2001, dando continuidad a los trabajos y a las discusiones desarrolladas en el Grupo de Trabajo (GT) “Comunicación

17 La temática analizada, que podríamos sintetizar como “comunicación, juventud y ciudadanía”, no es exclusiva de dicho GP, se encuentra también en otros de los 23 grupos que integran la Intercom, como, por ejemplo, el “Comunicación y cultura urbana” y el “Comunicación y cultura de las minorías”, éste extinguido en 2005. La elección se dio por su relación privilegiada con la cuestión de la ciudadanía, explícita en su título, y por mi vínculo de investigador del núcleo y ex coordinador del GP, lo que me posibilita una mirada privilegiada, quiero decir etnográfica, sobre ese espacio académico.

18 Esta parte del capítulo es un resumen del Barbalho; Cogo; Fuser (2010). Para una contextualización del GP “Comunicación para la ciudadanía” véase también Barbalho; Fuser; Mendonça (2008); Fuser (2008a); Cogo; Maia (2006) y Cogo (2006).

y Culturas Populares”, extinguido en el año anterior. A partir de 2006, absorbe también los temas del NP Comunicación y Cultura de las Minorías¹⁹.

Tal como está expresado en su enmienda²⁰, el GP “Comunicación para la Ciudadanía” tiene como objetivo abordar los aspectos teóricos y metodológicos resultantes de investigaciones sobre las interrelaciones entre comunicación y ciudadanía, a partir de las relaciones de los campos comunicacional y mediático con las culturas populares, comunidades, identidades culturales y minorías, con énfasis en los procesos que se desarrollan en el ámbito de los movimientos populares, comunitarios, sindicales y en las ONGs, así como en las esferas partidarias y religiosas.

Son igualmente priorizados los estudios sobre acciones y prácticas comunicacionales alternativas y comunitarias, implicando las apropiaciones y los usos de las tecnologías de la comunicación por parte de las redes de movimientos sociales en el contexto de la sociedad globalizada que impliquen perspectivas ciudadanas en relación a la diversidad cultural e intercultural y en las que estén implicadas nociones y/o interfaces con clase social, género, generación, etnia, religión, regionalismo y migraciones, además de otras experiencias identitarias y minoritarias.

La meta del GP se inserta en la comprensión que en el mundo contemporáneo se puede identificar, como mínimo, dos transformaciones en lo que se refiere a la ciudadanía. En la primera, ella ya no aparece anclada sólo en las clásicas nociones de derechos civiles, políticos y sociales, y se reconfigura por medio de la combinación de innumerables elementos y experiencias como son los valores identitarios (étnicos, generacionales, sexuales, etc). La segunda transformación se refiere a la creciente alianza entre medios y ciudadanía, que acaba incidiendo tanto en las escalas de uso de los medios por parte de los movimientos

19 Para una comprensión de los temas y autores agregados en el NP “Comunicación para la ciudadanía” véase también Barbalho; Paiva (2005) y PAIVA (2005a).

20 Disponible en <http://www.intercom.org.br/pesquisa/gps/cidadania.shtml>. Acceso en 12.03.2013.

sociales así como en la formulación y gestión de los proyectos de ciudadanía de estos movimientos.

Las investigaciones presentadas en el GP asumen esas reconfiguraciones de la ciudadanía con la incorporación del conflicto, de la ambigüedad y del poder como experiencias sustantivas de dinámicas configuradoras de los procesos comunicacionales y mediáticos, en un intento de comprensión de la pluralidad de escenarios y experiencias en que estos procesos se mezclan como resultado de entrecruzamientos e interrelaciones entre instancias, ámbitos, dimensiones, temporalidades, territorialidades, emergencias y convergencias tecnológicas.

A lo largo de estos nueve años (2001-2009), fueron presentados 247 trabajos en los encuentros del GP. Se percibe que son, en la mayoría, estudios de caso, los cuales, a partir de determinada perspectiva teórico-metodológica, presentan e interpretan datos de una investigación. Algunos, sin embargo, tienen por foco central justamente la discusión de cuestiones teóricas y metodológicas.

Es posible agrupar el universo de los trabajos por medio de categorías construidas a partir de las temáticas más recurrentes: 1. Comunicación sindical; 2. Cultura y sociabilidad; 3. Perspectivas teóricas; 4. Discurso y representación social en los medios; 5. Radios comunitarias; 6. Radio y cotidianidad; 7. Comunicación institucional y responsabilidad social; 8. Multiculturalismo, interculturalidad e identidad; 9. Tecnologías digitales, ciberactivismo y redes virtuales; 10. Cultura regional; 11. Vejez; 12. Juventud; 13. Género; 14. Etnias; 15. Comunicación en las políticas públicas/gubernamentales; 16. Comunicación eclesial; 17. Comunicación comunitaria; 18. Educación; 19. Otros (Formación; Historia y censura; Ética; ideología y consenso; perspectivas del GP; comunicación y deliberación).

Considerando las categorías adoptadas de manera aislada, y por su cuantificación, el tema “Multiculturalismo, interculturalidad e identidad” es uno de los más presentes en los

encuentros anuales, junto a “Discurso y representación social en los medios”. De muy cerca, sigue el tema “Comunicación institucional y responsabilidad social”.

Ese cuadro muestra cuán presente está, en los estudios del área, la idea de que la comunicación para la ciudadanía se construye (o se confunde) con la comunicación que se desarrolla en la perspectiva institucional de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, cuyos objetivos son extremadamente variados, en lugar de en la perspectiva de los movimientos sociales y populares. Más aún: se percibe la comprensión que los movimientos sociales y también populares tienen como protagonistas principales tales organizaciones no gubernamentales – o el propio Estado. Esto se verifica aún con la presencia de diversos trabajos dirigidos hacia el tema “Comunicación en las políticas públicas/gubernamentales”.

Otras cuestiones merecen ser destacadas: el crecimiento y la consolidación de los estudios sobre identidades y el carácter casi marginal de los estudios sobre comunicación sindical y eclesial, por lo menos en la perspectiva de la comunicación para la ciudadanía se refiere. Otra cuestión que parece ganar relevancia en el GP es la de los trabajos que analizan prácticas y proyectos comunicacionales y mediáticos sobre los cuales inciden las políticas públicas derivadas de las nuevas modalidades de gestión y participación populares implementadas recientemente en aquellas ciudades y estados brasileños que, en las últimas dos décadas, asumieron gobiernos pautados por proyectos políticos populares y democráticos.

A partir del balance de los trabajos presentados en el GP, uno se va dando cuenta de la convivencia de por lo menos tres instancias de entendimiento del concepto de ciudadanía –sociopolítica, cultural y mundial. Asociadas a realidades comunicacionales y mediáticas, estas instancias interactúan y se mezclan para ofrecer, a través de distintos trabajos de investigación, entendimientos sobre la (re)configuración de distintas modalidades de gestión, ejercicio

y participación ciudadana de actores, grupos, comunidades y movimientos sociales.

A un concepto más clásico de ciudadanía, anclado en el ejercicio de derechos civiles, políticos y sociales con los que se combinan los ideales occidentales de libertad, participación e igualdad, se agrega una noción de ciudadanía fundamentada en demandas culturales, pautada en el reconocimiento de la “diferencia” para hacer emerger, en el ámbito del Grupo, el debate en torno de la llamada ciudadanía mundial y/o transnacional, comprendida recientemente como un principio alternativo del orden mundial que presupone el reconocimiento de derechos y deberes equivalentes en esferas transversales de tomas de decisiones que afectan las necesidades e intereses vitales de los individuos.

Hecho este análisis más general del GP Comunicación para la ciudadanía, podemos partir hacia la discusión sobre la juventud, la duodécima categoría de temas identificados en esa especie de sub-campo académico (para mantener el diálogo con la terminología de Bourdieu), que es un GP afiliado a la Intercom.

4.2. La temática de la juventud en las investigaciones sobre “comunicación para la ciudadanía”

Como he comentado en la introducción de este capítulo, hago tanto un análisis cuantitativo como cualitativo, lo que requiere procedimientos metodológicos diferenciados y que necesitan ser explicitados.

Para el análisis cuantitativo de los artículos que abordan el tema de la juventud, he visitado el conjunto de los 247 trabajos y digitalmente he utilizado la herramienta “ubicar” para las palabras: “infancia”, “niño”, “adolescencia”, “adolescente”, “juventud”, “joven” y “jóvenes”. Mi interés en incluir la temática de la infancia y de la adolescencia se fundamenta en la comprensión que tal temática está próxima a la de la juventud y, por lo tanto, es significativo acompañar a su presencia y constancia en el GP.

En total, se han identificado 62 artículos que contenían dichas palabras en el cuerpo del texto –número bastante relevante, que corresponde a 25% del total de los trabajos. A su vez, de estos, sólo siete giraban alrededor de la infancia y de la adolescencia, lo que indica el reducido espacio de esta cuestión en el universo de discusión del Grupo.

Más aún quedaba observar en los otros 55 trabajos aquellos que, de hecho, tenían la juventud como foco central de sus análisis, que es el universo que me interesa. Por lo tanto, hecha esa identificación inicial, he procedido a un análisis para 1. constatar aquellos que de hecho abordaban la temática y 2. comprender, cuando era posible, los problemas, objetos e instrumentos utilizados. Lo que me llevó a retirar de este conjunto 23 trabajos que, a pesar de contener alguna de las palabras “juventud”, “joven” o “jóvenes”, no tenían esa temática como eje central en sus reflexiones.

Aquí cabe identificar un poco esos trabajos que fueron desechados. Se trata, en su gran mayoría, del análisis de estrategias ciudadana de comunicación que tienen como uno de sus principales usuarios la juventud. Como, por ejemplo, el artículo “Escucha sonora: La experiencia de la Casa Grande FM” de Catarina Farias de Oliveira (2005), donde la investigadora aborda una radio comunitaria de la ciudad de Nova Olinda, Ceará. Su objeto de análisis es la programación de la FM con la intención de compararla con las radios comerciales y así percibir si la Casa Grande promueve y cómo la diversidad cultural, y escapa de la lógica comercial. Los jóvenes surgen en ese texto una vez que la FM está gestionada en gran parte por ellos o son el público objetivo de algunos de sus programas.

De algún modo, lo mismo ocurre con el trabajo de Guilherme Gitahy de Figueiredo (2007), titulado “Un Laboratorio de Comunicación Libre en el Medio Solimões”, que aborda el programa “Medios y Ciudadanía” de la Universidad del Estado de Amazonas, realizado en la ciudad de Tefé, en el Medio

Solimões. Se trata de un análisis del laboratorio de comunicación libre que es desarrollado allí. El joven aparece, una vez más, no como cuestión central, sino como público preferente de dicho laboratorio.

O con el trabajo de Marcelo Monteiro Gabbay (2007), también localizado en la región Norte, “Estar en los medios: un lugar de disputa por la representación de la ‘cultura marajoara’ en Tucumanduba, Soure, Estado del Pará”, que trata del proyecto “Tucumandubano Ar”, que se propone construir medios comunitarios digitales a través de un taller dirigido a los jóvenes de la localidad.

Es importante destacar también el ejemplo de los trabajos presentados, entre otros, por Bruno Fuser, Juciano Lacerda y Moema Braga, junto con Inês Vitorino, porque abordan un tema importante del GP que es la inclusión digital. Ocurre que el grupo más grande de usuarios de los telecentros es de jóvenes y éstos se configuran como uno de los focos de las políticas de inclusión. Eso se percibe en los textos de Fuser (2007; 2008b), titulados “Inclusión digital: el telecentro como equipo de comunicación comunitaria” y “Telecentros comunitarios en Juiz de Fora: alternativas de apropiación de las tecnologías digitales”. Y también en el texto de Lacerda (2008), “Telecentros comunitarios: cuestiones teórico-metodológicas y vivencias mediáticas”, y de Moema Braga e Inês Vitorino (2009), “¿Inclusión Digital y Periferia Imposición Cultural o Inclusión Social?”.

Finalmente, cabe destacar, en ese universo, los trabajos que abordan productos y campañas mediáticas o coberturas de la prensa donde los jóvenes aparecen, en el primer caso, como público destinatario y, en el segundo caso, como personaje central de los reportajes, pero no discuten necesariamente el estado de esa juventud.

Como ejemplo del primer caso, están los textos de Ana Marusia Meneguín (2002) “El imaginario de la drogadicción: un

análisis de las campañas antidrogas”, que aborda ocho películas publicitarias producidas por la ONG “Asociación Sociedad contra las Drogas”, y el de Nayara Carla Teixeira (2005) “Construcción de identidad y de redefinición del cotidiano cultural del joven: una propuesta de la Revista MTV”, que analiza dicha revista dirigida al público juvenil. Como ejemplo del segundo caso, el texto “El hiperdimensionamiento de la criminalidad juvenil en el noticiero”, de Carmen Oliveira (2003), discute la representación del joven como criminal en los medios de comunicación brasileña, tomando como estudio empírico el periódico *Zero Hora*.

Hecha esta caracterización de los textos que hacen referencias a la juventud a pesar de no estar ésta como tema central de sus reflexiones, podemos pasar a una categorización de los 32 trabajos restantes y que, a mi modo de ver, de hecho contribuyen al debate acerca del estado de los jóvenes en su relación con la comunicación y la ciudadanía. Es importante señalar que la indicación de algunas categorías de análisis y la conexión de éstas con algunos artículos no se da de manera excluyente. Es decir, que algunos textos pueden estar en más de una de las situaciones discutidas a continuación.

Un primer dato que sobresale de este conjunto de artículos es que los jóvenes son sujetos activos del proceso comunicacional, o sea, son jóvenes comunicadores. Y en ese proceso van a construir sus identidades en los más diferentes medios: radio, video, prensa escrita, internet, expresiones estéticas como el *hip-hop*, entre otras.

Es el caso del texto “La Comunicación a servicio de la ciudadanía e identidad de adolescentes”, de Cláudia Regina Lahni y Fernanda Coelho (2007), que, a través de la educación de los medios, discute la producción de un taller en radio y prensa en el cual los jóvenes se vuelven sujetos del proceso comunicacional.

Ya el texto de Nayara Carla Teixeira (2007), “Los medios alternativos revisados: una iniciativa que incluye adolescentes y

jóvenes en la búsqueda por la emancipación social”, problematiza la participación de los jóvenes en la producción de una revista alternativa que cuenta con un Consejo Editorial Joven. En el caso de la producción audiovisual, lenguaje bastante seductor para los jóvenes hoy en día, tenemos, por ejemplo, el texto de Deisimer Gorczewski (2009), titulado “Agenciamientos audiovisuales y el deseo de singularizar”. Ambos abordan la producción de videos por parte de jóvenes del barrio de la Restinga, en la periferia de Porto Alegre.

Otro medio que también atrae bastante a la juventud es internet. Ese es el objeto del texto “Nuevos Medios y Ciudadanía: los jóvenes como creadores de contenido *on-line*”, de Ofelia Elisa Torres Morales (2009). Su interés es discutir las expresiones de los jóvenes en el universo *on-line* y cómo estas experiencias cambian la construcción de sus subjetividades.

En el caso de la fotografía, tenemos el taller analizado por Bruno Fuser (2009) en el texto “Acción cultural y ciudadanía: una experiencia con jóvenes en Juiz de Fora”. Se trata de un proyecto de extensión e investigación de la UFJF que involucró a jóvenes en la producción de fotografías por medio de las cuales revelaron su cotidianidad y valores.

Los textos que discuten el *hip-hop*, un universo habitual en la realidad de la juventud, también tienen presencia importante en las reflexiones del GP. Hago referencia a los trabajos “*Hip-hop: un latido contra-hegemónico en la periferia de la sociedad global*” de Marianna Araújo(2008) y “El juego de espejos” de Pablo Nabarrete Bastos (2007). El primero trata la cultura *hip-hop* como expresión de las juventudes, teniendo una mirada centrada sobre todo en la realidad de las favelas cariocas. El segundo también sigue la línea de afirmación del movimiento *hip-hop* como “orgánico” de las juventudes periféricas, no obstante está más atento a la realidad del ABC paulista.

El *hip-hop* tiene una presencia fundamental en la discusión que Cláudia Regina Lahni, Fernanda Coelho da Silva, Maria Fernanda Pereira França y Mariana Zibordi Pelegrini (2008)

hacen en “Radio comunitaria, identidad y ciudadanía de jóvenes: ejemplos y ausencias en una comunitaria auténtica y en tres autorizadas”. A pesar de que el tema, como indica el título, es la relación de los jóvenes con radios comunitarias, tal mediación es hecha, principalmente, por medio de los programas de *hip-hop*.

En todos estos casos, lo que se observa es la afirmación del derecho a hablar por parte de este sector de la población, lo que nos lleva a la discusión acerca de la juventud como minoría²¹.

Como ya se ha dicho en el capítulo 02, Muniz Sodré (2005) defiende que el término “minoría” opera como una “voz cualitativa”. Se trata, por cierto, de un tema importante para la reinención de la democracia en la contemporaneidad, comprendida (la democracia) no sólo como “voluntad de la mayoría” (argumento cuantitativo) sino también como único régimen político donde las minorías pueden ser “oídas” (argumento cualitativo).

Por lo tanto, los grupos minoritarios son aquellos que no tienen derecho a hablar²² y fueron marginalizados históricamente por la Identidad hegemónica en Occidente: la cultura blanca, masculina, heterosexual, cristiana, europea y adulta.

En contraposición a esta identidad fija y esencialista, las minorías son empujadas por la lógica de la constante (auto) transformación. Sodré utiliza el concepto del “devenir minoritario”, de Gilles Deleuze y Félix Guattari, para indicar el flujo que atraviesan las minorías y las subjetivan no como un sujeto colectivo e idéntico a sí mismo, como encontramos en ciertas lecturas marxistas de clase social, sino como un lugar de tránsito en dirección a subjetivaciones no capitalistas.

21 He de dejar claro que los textos no utilizan, necesariamente, el concepto de minoría para abordar la juventud. Se trata de una opción teórica personal.

22 A este respecto vale la observación de Guattari de que la supuesta unidad de una lengua es “inseparable de la construcción de una formación de poder” y que una “lengua materna”, en la realidad, es la (re)tomada del “poder semiótico por un grupo, una etnia, una nación” (Guattari, 1988, p. 25). Así, las minorías se encuentran en ese juego de poderes en torno del habla, de la lengua, pues en su pragmática micropolítica ellas apuntan para la asociación entre la palabra/habla individual y la “codificación de la lengua en el socius”.

Según estos autores (Deleuze y Guattari), el capitalismo produce valor de cambio, pero también valor-signo y subjetividad. Subjetividad comprendida no a partir del cogito cartesiano; del individuo autónomo y centrado cuya naturaleza humana es la racionalidad; de la identidad entre el ser y el pensar; sino como subjetividad maquina, producida por las más diversas máquinas y sus agenciamientos sociales, por los equipamientos colectivos de subjetivación.

Las “coordinadas subjetivas” son establecidas en los agenciamientos, interacciones y compromisos que ocurren incesantemente en las territorialidades maquinales que promueven procesos de desterritorialización y singularización. Si Guattari (1988) habla de “máquina abstracta”, es para, en una especie de juego paroxístico, rechazar la idea de universales abstractos y afirmar que tal abstracción resulta de máquinas y agenciamientos concretos. Así, se hace necesario comprender la particularidad de cada agenciamiento enunciador y la operación de poder que le da la pretensión de un discurso universal.

En el caso del Capitalismo Mundial Integrado (CMI), la subjetividad producida, individual o social, es seriada, pre-establecida, identificada a modelos (subjetividades identificables) y tienen como principal lugar de producción los sectores avanzados del capital que recurren al trabajo inmaterial: medios de comunicación de masa, industrias culturales, mercado financiero, industrias del software, etc. En estos casos, queda explícito que la subjetividad no es sólo producida, sino más bien, y principalmente, productiva:

La servidumbre semiótica y maquina de los flujos del deseo y la sujeción semiológica en la cual reposan las sociedades capitalistas se instauran como reacción a una desbandada irreprimible de códigos territorializados (...) Una nueva utilización de las lenguas, de los signos y de los iconos lleva a que el más pequeño efecto del sentido – así como el más íntimo, el más inconsciente – pase al control de las jerarquías sociales. Los poderes capitalistas no cesan de “repensar” en detalle cada relación significativa, de diferenciar y especificar cada “afectación” semiológica (Guattari, 1988, p. 37).

Los procesos de singularización de las minorías delante de las estratificaciones dominantes son posibles porque el ideal de orden, de formalización y sistematización de los modos de expresión, de control de las líneas de fuga y de disidencia no puede ser totalmente alcanzado, pues, como advierte Guattari (1988), existen las relaciones de fuerza y las “lenguas fluyen desde todas partes”. Si la hegemonía del capitalismo impuso una especie de “dictadura del significante”, esta no consigue, sin embargo, fijarse como universal y/o inmutable, pues cambios inversos y/o adversos pueden neutralizarla y hasta derribarla.

Creo, siguiendo las huellas de Foucault, que los movimientos minoritarios se configuran como posicionamientos de los “saberes sujetados”, “saberes más pequeños”, “saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre de un conocimiento verdadero” (Foucault, 1999, p. 13)²³.

Las minorías instauran diversos discursos histórico-políticos que, en la definición de Foucault, ven la política como lucha, como guerra, contrarios al discurso filosófico-jurídico que busca pacificar los conflictos – como, por ejemplo, el discurso dialéctico (del tipo idealista-hegeliano o del tipo materialista-marxista) que, al final del embate, en su síntesis, afirma un sujeto universal, una verdad reconciliada, un derecho ordenante de las particularidades.

Una de las características del discurso histórico-político es que éste no ocupa la posición del sujeto totalizador, neutro, representado tanto por el filósofo, como por el jurista. En cambio, lo que éste afirma es la batalla, la lucha por sus derechos singulares – derechos arraigados en la historia y descentralizados en relación con la universalidad jurídica. Es un “discurso de

23 Es importante observar que los tradicionales movimientos obreros y sindicales van a renovarse con el contacto con los nuevos movimientos sociales y sus tácticas de lucha, en especial tras el movimiento juvenil de mayo de 68.

perspectiva”, relacionado con una determinada posición en el combate. Por lo tanto, es un discurso a partir de un “lugar”.

Comprender a los jóvenes como potencias minoritarias es entender que su devenir se presenta como una línea de fuga en una sociedad modelada por los valores de lo que se establece como “adulto”, “maduro” – en especial si ese devenir se comulga con otros como el negro, el femenino, el homosexual, además de cuestiones de clase –, lo que resulta en diferencias en el interior de la juventud, o sea, en las juventudes.

Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando algunos trabajos hablan de la especificidad de la mujer joven, como es el caso de “Mangueira sus ratas son una belleza” de João Maia y Eduardo Bianchi (2008). Las ratas son las jóvenes mujeres da Mangueira que afirman su ciudadanía por medio del consumo cultural. O el trabajo de Célia Regina da Silva (2009), “Cyberminas: prácticas comunicativas, reconocimiento y presencia del hip hop femenino en la esfera pública de visibilidad mediática”, que aborda el papel de jóvenes mujeres negras implicadas con el movimiento *hip-hop* en el ciberespacio.

La cuestión étnica también está presente en el trabajo “Comunicación Alternativa como Herramienta de Transformación para Jóvenes Indígenas de las Aldeas del Jaguapiru y Bororó en Dourados / MS” de Maria Alice Campagnoli Otre (2008), que analiza la producción de comunicación (audiovisuales, fotografías, blog, fotolog y periódico impreso) de la Acción de los Jóvenes Indígenas (AJI), en Dourados, la segunda reserva indígena urbana más grande del país.

A su vez, he identificado apenas dos trabajos que no tratan del joven como comunicador sino como receptor activo de productos mediáticos. Se trata de los artículos “Políticas de identidad y los estudios de recepción: relatos de jóvenes y mujeres”, de Ana Carolina Escosteguy y Nilda Jacks (2003), y “Reggae e hip hop : segmentación x diversidad cultural juvenil”, de Catarina Farias de Oliveira (2003). Pero el planteamiento de

las autoras, al entender los estudios de recepción como capaces de “dar voz a los sujetos como receptores”, convergen con la discusión acerca de la juventud como minoría que planteé anteriormente.

Se percibe, así, que los jóvenes como potencias minoritarias acaban por comulgar su devenir con otros devenires minoritarios como el negro, el femenino, el homosexual, además de cuestiones de clase, como se puede observar en algunas de las investigaciones presentadas aquí. Lo que deja muy claro las diferencias que están presentes en las juventudes y sobre las cuales hemos comentado en el primer capítulo.

Protagonismo juvenil, cultura y comunicación - disputas de sentido

Retomo aquí las argumentaciones de Bourdieu (1989), presentadas en el capítulo anterior, cuando defiende que el investigador rompa con el “sentido común”, comprendido este como un conjunto de “representaciones compartidas por todos”, procedan éstas de lugares—comunes producidos en la vida cotidiana, sean las oficiales, institucionalizadas; o, también es posible decir, las que circulan por ambos espacios. El “preconstruido”, afirma el pensador francés, está en todas partes, incluso alrededor del investigador, de modo que él mismo, sus problemas de investigación y sus conceptos, son productos del mundo social, objeto de su interés.

El lenguaje, materia prima del investigador social, es, específicamente, “un enorme depósito de preconstrucciones naturalizadas, por lo tanto, ignoradas como tal, que funcionan como instrumentos inconscientes de construcción” (Bourdieu, 1989, p. 39). Es necesario, por lo tanto, ejercitar la “duda radical” que pone en suspensión al preconstruido; construir críticamente los conceptos; poner en cuestión las operaciones y los instrumentos de pensamiento; efectuarse el esfuerzo reflexivo sobre los procedimientos científicos. Para Bourdieu, es necesario “comprender por qué se comprende y cómo se comprende”.

Son de nuevo estas consideraciones de Bourdieu las que animan el esfuerzo emprendido en ese capítulo, en particular, la idea de poner en suspensión y reflexionar sobre la noción de “protagonismo juvenil”, noción ésta que opera como constructora de la realidad social actuando en el sentido común, en las instituciones públicas y en el campo académico. Presencia casi ubicua en los discursos sobre juventud, tal noción alcanzó tamaña naturalidad que transita con desenvoltura, entre otros, en los ámbitos gubernamentales, en el tercer sector, en las empresas, en los partidos políticos de varios espectros ideológicos.

¿Pero es posible que sea comprendida y operacionalizada de la misma manera por todos estos agentes? ¿O se perciben, en los usos y abusos de la noción, perspectivas diversas y antagónicas, aunque no entendidas como tales? ¿En otras palabras, es posible que ocurra en torno del protagonismo juvenil una disputa de sentidos y, por lo tanto, de proyectos políticos, sociales, económicos y culturales?

Para responder mínimamente a tales cuestiones, y en conformidad con las indicaciones de Bourdieu, establezco, primero, el contexto socio-histórico de emergencia y consolidación de la noción de “protagonismo juvenil” en Brasil. A continuación, discuto algunos parámetros orientadores para el entendimiento de la lógica del protagonismo, en especial el establecimiento de un nuevo espíritu del capitalismo y del ejercicio de la biopolítica. Finalmente, discuto las disputas de sentidos que se dan en torno de prácticas del “protagonismo juvenil”.

5.1. La confluencia perversa en el embate democrático brasileño

La elección indirecta de Tancredo Neves en enero de 1985 cerró el régimen militar que gobernó el país durante veinte años (1964-84). Pero bajo la dictadura, en los años 1970, los

movimientos sociales brasileños ya fueron retomando los espacios públicos sin establecer relaciones orgánicas con la política tradicional. Rechazando la rigidez y el control al cual estaban sometidos sindicatos, partidos y el parlamento, los movimientos sociales se posicionaban contra el sistema político en general y, principalmente, contra las relaciones clientelistas que marcaban la política brasileña, contraponiendo a estos valores una nueva cultura política.

Sin embargo, en la década siguiente, con la redemocratización y la consecuente abertura de canales de comunicación entre gobierno y sociedad civil, incluso con la formación de los primeros consejos gubernamentales, ocurrió un proceso de paulatina institucionalización de los movimientos sociales. Este proceso redefinió los espacios públicos y privados, una vez que los movimientos urbanos, feministas, indígenas, negros, homosexuales, de jóvenes, entre otros, colocaban en la pauta de la discusión de las políticas públicas temas hasta la fecha considerados de naturaleza individual.

Como explica Ruth Cardoso (1994), este contexto, por una parte, llevó a una necesaria relación entre los movimientos sociales y el Estado, relación que siguió creciendo a lo largo de las décadas siguientes, incluso por cuenta de la Constitución Ciudadana de 1988 que promovió la creación de instrumentos de participación y control popular. Por otra, amplió las nociones de política y de ciudadanía con el reconocimiento tanto de los derechos individuales como de los colectivos; no sólo el derecho a la igualdad, sino también el derecho a la diferencia.

La emergencia de una nueva noción de ciudadanía y la consecuente ampliación cuantitativa y cualitativa de espacios públicos en Brasil son, por lo tanto, conquistas de los movimientos sociales a lo largo de las últimas décadas. Aunque no ocurre una transformación radical de la cultura política hegemónica en el país, marcada por el clientelismo, patrimonialismo, favoritismo, entre otras características tenidas como premodernas, sin duda

hay una maduración del proceso democrático brasileño. Eso se da, en especial, por el pluralismo que tales movimientos dotan a la noción de la cosa pública.

Evelina Dagnino (1994) apunta tres dimensiones principales de esta nueva ciudadanía. La primera es su conexión concreta con los movimientos sociales ya citados y sus luchas por los derechos colectivos. La segunda dimensión es la experiencia y la práctica de tales movimientos en la construcción de la democracia y, al mismo tiempo, en su ampliación y profundización. Finalmente, la construcción democrática y la transformación social promovidas por los movimientos sociales afirman un “nexo constitutivo” entre la cultura y la política al reivindicar determinadas características de la sociedad contemporánea, como el papel de la subjetividad y la consecuente emergencia de nuevos sujetos y derechos sociales. Ampliando el espacio político, la tercera dimensión de la nueva ciudadanía estratégicamente “reconoce y enfatiza el carácter intrínseco y constitutivo de la transformación cultural para la construcción democrática” (Dagnino, 1994, p. 104). O sea, la dimensión propiamente cultural de la ciudadanía.

La transformación operada aquí, en realidad, apunta hacia una cultura política basada en una cultura democrática. Ésta, a su vez, es fundamental en nuestra sociedad históricamente marcada por el autoritarismo que no se restringe a las relaciones políticas institucionales, pero que se hace presente en la microfísica del poder: en las jerarquías de clase, de género, de generación, étnicas, etc. (Chauí, 2000). Así, superar el autoritarismo social es la más importante tarea para el conjunto de la sociedad brasileña si pretendemos establecer una democracia y una ciudadanía efectivas, y no un mero artificio legal de una constitución avanzada, pero con la dignidad ofendida cotidianamente, incluso por el Estado.

De ahí la defensa de Dagnino (2004) de una ciudadanía entendida como “estrategia política”. O sea, de una noción que enfatiza su carácter histórico, constituido por intereses, prácticas

y luchas concretas en continua transformación. Percibida de esta forma, la ciudadanía pierde su ilusión esencialista, a-histórica y universalista, que heredó del pensamiento liberal clásico.

A esta herencia, la nueva ciudadanía contrapone: 1. El derecho a tener derechos, lo que implica la invención de nuevos derechos, más allá de aquellos abstractos y formales; 2. La constitución de sujetos y no de público destinatario de las políticas públicas, lo que implica un movimiento de “abajo hacia arriba”; 3. Nuevas formas de sociabilidad y, por lo tanto, de espacios públicos que no se limitan a la esfera pública burguesa en crisis ya desde el inicio del siglo XX, como bien demostró Habermas; 4. El fortalecimiento de la sociedad civil; 5. La participación efectiva en el Estado con la creación de nuevos medios como son el consejo popular y el presupuesto participativo; 6. La apertura de una agenda amplia de cuestiones emergentes (Dagnino, 2004, p. 107-113).

No obstante, el fortalecimiento del proyecto liberal a lo largo de los años 1990, incluyendo los años del gobierno Fernando Henrique Cardoso (FHC), que se inició en 1995 y se acabó con la elección de Lula en 2002, favoreció al establecimiento de lo que Dagnino (2005) denomina “confluencia perversa” entre el proyecto democrático y aquel defendido por el neoliberalismo. El primero invierte en la ampliación de la democracia con la constitución de nuevos espacios públicos y la participación de la sociedad civil en la definición, ejecución y control de las políticas públicas. El segundo defiende el Estado mínimo, casi ausente en el sector productivo, pero incluso en la promoción de derechos colectivos, en las responsabilidades sociales y en la transparencia de sus acciones.

Seguramente, el discurso de la democracia no es exclusivo de la izquierda, ya que a veces ésta no fue ni es democrática (baste recordar que, por lo menos hasta los años 1970, el debate sobre la democracia no estaba en la agenda principal de nuestros partidos afiliados al ideario comunista). El pensamiento liberal,

entendido en su dimensión filosófica y política, y no sólo económica como sinónimo de Estado mínimo, es un defensor de las libertades individuales y del Estado de derecho. Por lo tanto, el retorno a la democracia no sólo resulta de la acción y del deseo de aquellos que luchaban por una sociedad socialista, sino también de aquellos que se situaban en el campo liberal.

Así, no debemos entender la convergencia de la que nos habla Dagnino como si fuera dos líneas que salen de lugares diferentes y se encuentran en un mismo punto, que sería el de la ciudadanía. Ambas salen de un mismo punto, el de la democracia, pero siguen lógicas distintas sobre el alcance de este concepto, que fueron marcadas por debates y embates históricos entre teóricos y defensores de ambas.

A pesar de que ambos proyectos son distintos y hasta antagónicos, lo que es interesante para garantizar la pluralidad de opciones como conviene a una democracia radical y pluralista (Mouffe, 1996; 2009), el proyecto neoliberal escamotea su ideario al apropiarse y resignificar algunos sentidos de democracia, de sociedad civil, de participación y de ciudadanía, que fueron construidos y defendidos con mucha dificultad a lo largo de las últimas décadas por los movimientos sociales. Es esta apropiación y resignificación por parte de los adeptos del neoliberalismo, de sentimientos próximos a los movimientos sociales y al de su proyecto de sociedad, lo que debemos entender por “confluencia perversa”.

En el caso de la sociedad civil, el desplazamiento de sentido se da cuando el proyecto neoliberal la identifica con el llamado Tercer Sector, o sea, las organizaciones no-gubernamentales (ONGs) y las fundaciones filantrópicas, al mismo tiempo en que convierte los movimientos sociales en movimientos criminales, como ocurre, por ejemplo, con el MST.

En relación a la participación, ésta pasa a ser comprendida como “participación solidaria”, sostenida en el “voluntarismo”, en el caso de los individuos, y en la “responsabilidad social”,

en el caso de las instituciones, en especial las empresariales. El sentido propiamente político, colectivo y de confrontación de la participación, se desvanece en esta perspectiva del protagonismo solidario moralista que promueve la actuación individualizada y privada. Aquí, no hay aparentemente disputa por el reparto del poder, sino servicios prestados a los sectores sin asistencia de la sociedad, en una redefinición de papeles: lo que debería ser obligación del Estado pasa a ser responsabilidad de la buena voluntad de los sectores más “humanistas” de las clases medias y altas.

Finalmente, este entendimiento de sociedad civil, restringida al Tercer Sector y de participación como actuación individualizada y de fuerte moralismo, implica una redefinición de la ciudadanía. A las características de la “nueva ciudadanía”, que viene siendo conquistada por los diversos movimientos sociales, el proyecto político neoliberal propone el formato de mercado, donde la lógica societal privilegiada es la del consumo y donde se torna al ciudadano en un consumidor. El máximo compromiso demandado a este ciudadano-consumidor es el de solidarizarse con los excluidos (del consumo), y actuar, como le pide su buena conciencia, en trabajos voluntarios y de caridad dirigidos hacia la “inclusión social” de los “carentes”.

Como ya fue dicho, ahí reside la confluencia perversa y la crisis discursiva que caracterizan a los movimientos sociales y de izquierda, una vez que el proyecto político de la democracia radical pluralista y el de la democracia neoliberal recurren a nociones comunes (sociedad civil, participación, ciudadanía, democracia), pero con significados y sentidos diferentes. Esa pretendida comunidad discursiva termina por camuflar los antagonismos entre ambos proyectos, para beneficio del segundo (el neoliberal), volviéndolo digerible para sectores de la población, incluso aquellos que serán los más perjudicados inmediatamente con su fortalecimiento, o sea, las clases populares. La exposición del conflicto, por otro lado, demostraría exactamente lo que

está en juego: “una disputa político-cultural entre distintos diseños de sociedad y los respectivos sectores sociales en ellos comprometidos (Dagnino, 2005, p. 61).

5.2. Cómo pensar el protagonismo juvenil en la confluencia perversa

Delante de este cuadro de pretendido alineamiento, se hace necesario preguntar siempre de qué ciudadanía se está hablando, de qué proyecto de sociedad está embutido en cada comprensión de lo que es la sociedad civil, la participación y la democracia. ¿Aquella que implica la participación política en búsqueda de la construcción de un proyecto colectivo, que incluye la afirmación del espacio público y del Estado democráticos, o de la idea individualista del consumidor ciudadano, sujeto que, lleno de civismo, actúa espontáneamente y voluntariamente en favor de un supuesto “bien-común”?

Una de las formas más comunes de expresión de esta idea de ciudadanía como civismo voluntario es justamente la noción de protagonismo. Tal noción tiene como uno de sus blancos predilectos los jóvenes de las clases subalternas, hacia los cuales se centran diversos proyectos cuya meta es convertirlos en protagonistas del mismo. ¿Pero de qué se trata cuando se acciona este dispositivo denominado “protagonismo juvenil”?

En Brasil, posiblemente la reflexión crítica más consistente a esta noción fue aquella realizada por Regina Magalhães de Sousa (2008). Para Sousa, en apariencia el protagonismo juvenil llama al joven hacia la esfera de la política, pero de una política aséptica, sin lucha, sin disputa de poder, transformada en escenario, donde él actúa como “actor social”. En este escenario, el discurso del protagonismo prescribe al joven la actuación individual y sirve para integrarlo. Y eso se da de dos formas: mediante la instrumentalización de la acción, reducida a la

actividad medio, en vistas de un objetivo material y cuantificable, y por la fabricación del consenso. O sea, paradójicamente, en la lógica del protagonismo juvenil, el joven es objeto y no sujeto de políticas y medidas gubernamentales y no-gubernamentales.

La actividad que se propone para el joven es la de hacer cosas, en especial a través del trabajo voluntario. El hacer cosas ocupa el lugar de la ciudadanía, con ella se confunde y ofrece una “alternativa saludable” de participación juvenil –aquí no hay protesta, sino conformidad con la regla, y no hay creación, sino creatividad en la ejecución de proyectos en búsqueda de soluciones para problemas, así el conflicto es omitido por el consenso. Hacen parte del universo semántico del protagonismo juvenil palabras oriundas de los manuales, mayoritariamente estadounidenses, de “gestión de personas”: empoderamiento, emprendedorismo, capital social, empleabilidad etc.

Esa migración de nociones de los manuales administrativos para la cotidianidad de los actores del protagonismo juvenil no se da al azar, pero se relaciona con el contexto que posibilita en Brasil la “confluencia perversa” y que debemos comprender en el interior de transformaciones socioeconómicas y político-culturales más amplias. Luc Boltanski y Ève Chiapello (2009), por ejemplo, cuando buscan aprehender el nuevo espíritu del capitalismo, aquel que empieza a prevalecer al final del siglo XX, recurren a este tipo de literatura como medio de acceso privilegiado a las representaciones del nuevo formato del capital. La elección se justifica porque estos manuales no son sólo recetas de estrategias empresariales y de obtención de lucro, pero poseen también una función “moral”, normativizando y prescribiendo lo que debe y lo que no debe ser hecho.

Esta literatura se aproxima, por lo tanto, a los manuales de auto-ayuda, cuya intención no es constatar, sino prescribir, edificar, instruir. Como explican los autores, los manuales de gestión ejercen la función de *exemplum* para el bien común, pues “seleccionan los casos según su virtud demostrativa (...) y sólo

toman en cuenta los aspectos de la realidad que corroboren la orientación que desean incentivar” (Boltanski; Chiapello, 2009, p. 84). A partir de los años 1990, lo que se pretende alcanzar con las prescripciones dictadas por esta literatura es la de una empresa creativa que se adapta a todas las transformaciones; una empresa exacta que actúa en red y por proyecto; y, así, se convierte en competitiva.

Los empleados de la nueva empresa, ahora denominados “colaboradores”, deben su desempeño al hecho de ser “auto-gestionados” y “creativos”, y de tener un “líder” (no un jefe), que llegó a ese puesto por sus “visiones”, que son compartidas y a las cuales todos se adhieren. Lo que se espera de ese líder, de ese manager, es que él sea un animador, un catalizador, un inspirador; en definitiva, un visionario y, por lo tanto, que se imponga por su competencia, su carisma y su red de relaciones personales (capital social).

Otra característica de la empresa imbuida del nuevo espíritu del capitalismo es la del “desarrollo personal”. O sea, ésta pasa a ser un locus privilegiado para que las personas, debidamente “acompañadas” por un *coach*, puedan conocerse mejor y desarrollar plenamente sus capacidades. Ocurre entonces una “verdadera autonomía”, afianzada en el “autoconocimiento”, en la “realización personal” y en el “empoderamiento”.

Resulta que las personas no harán carrera en la empresa, como se decía antiguamente, pero transitarán entre proyectos, ya que el éxito en un trabajo les dará acceso a otros. Así, “cada proyecto, diferente, nuevo e innovador por definición, se presenta como una oportunidad de aprender y enriquecer competencias que se tornan ventajas en la búsqueda de otros contactos” (Boltanski; Chiapello, 2009, p. 125). La noción que transmite este recorrido individual de desarrollo de competencias y capital social, de constituirse como protagonista y emprendedor de sí mismo, es la de “empleabilidad”. O sea, la capacidad que las personas tienen de ser llamadas para participar de nuevos proyectos. Este

es el “capital personal”, resultado de sus competencias portátiles y que debe ser administrado por el protagonista.

No sin razón João Paulo Macedo y Castro (2008) sitúa el surgimiento del término “protagonismo juvenil” en Brasil en los años 1990, durante el final del primer gobierno de Fernando Henrique Cardoso, periodo ya vigente el “nuevo espíritu del capitalismo”. En aquel momento, junto con las primeras políticas públicas del gobierno federal dirigidas hacia la juventud, emerge un pensamiento técnico sobre este sector de la población, específicamente aquél que se encuentra en situación de pobreza, sujeta a y siendo sujeto de la violencia²⁴. Es en este contexto en que el “protagonismo juvenil” se establece como uno de los medios posibles para positivar lo que se mostraba de forma negativa, o sea, la juventud superando la violencia y afirmando la ciudadanía.

Como explica Castro, el protagonismo juvenil fue incentivado como “una tecnología de intervención, una modalidad de organización y actuación junto a ciertos segmentos sociales, pero también como una forma de actuar en espacios y territorios, tales como las periferias, favelas y/o comunidades”. Como “técnica de gobierno” opera sobre determinadas poblaciones, en este caso, los jóvenes pobres, y “produce efectos, ordena visiones de mundo, impone jerarquías, genera modos de dominación, en definitiva, estimula procesos y dinámicas sociales confusas y muchas veces poco precisas cuanto a sus objetivos, metas y razón de ser” (Castro, 2008, p. 04)²⁵.

En otras palabras, el protagonismo juvenil actúa como biopolítica, en el sentido que Foucault le da, operando en el

24 Un locus privilegiado de ese proceso fue el Programa Comunidad Solidaria, presidido por Ruth Cardoso, entonces primera-dama del país.

25 La investigación desarrollada por Castro se refiere al Programa Escuela de Paz desarrollado por la UNESCO y el Ministerio de la Educación, en el que el protagonismo juvenil funciona como “un conjunto de premisas (actividades, acciones) que deberían ser operacionalizadas por los *especialistas* (individuos o ONGs, jóvenes o no) para actuar sobre la escuela y sobre los otros jóvenes” (CASTRO, 2008, p. 09), y que, en ese programa específico, tenía una función pacificadora, de pacificar al joven.

ámbito de los dispositivos de seguridad que funcionan de forma centrífuga con su tendencia a ampliarse, organizando y permitiendo el desarrollo de circuitos cada vez más grandes. Tales dispositivos integran constantemente nuevos elementos - “la producción, la psicología, los comportamientos, las maneras de actuar de los productores, los compradores, los consumidores, los importadores, los exportadores” (Foucault, 2006, p. 67) –y, al mismo tiempo, dejan que las cosas sigan su curso con un cierto nivel de permisividad.

La seguridad va donde las cosas se están produciendo, sean deseables o no. Ello objetiva aprehender las cosas en su “naturaleza”, en el “plan de su realidad efectiva”. Funcionando a partir de esta realidad, trata de “utilizarla como punto de apoyo y hacerla actuar, hacer actuar sus elementos en relación recíproca” (Foucault, 2006, p. 69). La seguridad tiene la “función esencial de responder a una realidad de tal manera que la respuesta la anule” (Foucault, 2006, p. 69) a fin de regularla. Tal regulación del elemento de la realidad es lo que fundamenta los dispositivos de seguridad y es lo que los aproxima al liberalismo.

El principio de que la técnica política no debe despegarse de la “realidad consigo misma” es el mismo que rige el liberalismo, es decir, dejar que las personas hagan y las cosas transcurran de acuerdo con sus propias leyes, principios y mecanismos. La libertad proclamada, de hecho una ideología y una técnica de gobierno, tiene una correlación con el fortalecimiento de los dispositivos de seguridad. Éstos sólo pueden funcionar bien en conformidad con la libertad entendida en su sentido moderno (siglo XVIII), que es la posibilidad de movimiento y circulación, en sentido amplio (intercambio, contacto, dispersión, distribución), de las personas y de las cosas. Por lo tanto, el gobierno de los hombres y la administración de las cosas son ideas análogas y pertenecen a una misma tecnología de poder.

El problema que hay que afrontar es el de cómo dejar que las cosas fluyan en su circulación y, al mismo tiempo, controlarlas,

anulando los peligros inherentes a este movimiento tanto para la población como, por consecuencia, para quien la gobierna. Los mecanismos de seguridad anulan los riesgos no por medio de la prohibición por la ley, sino operando en la lógica misma de los fenómenos, de la realidad, circunscribiéndola en límites aceptables. Se trata de “poner de relieve cierto nivel en que la acción de quien gobierna es necesaria y suficiente” (Foucault, 2006, p. 87).

5.3. Protagonismo juvenil, cultura y comunicación

¿Qué es lo que en estas consideraciones sobre el protagonismo, a partir de la confluencia perversa, del nuevo espíritu del capitalismo y de la biopolítica y sus dispositivos de seguridad, tiene que ver con la cultura y la comunicación?

Ahora bien, como advierte Tony Bennett, es necesario estar atento a las relaciones entre la cultura, la comunicación y lo social y a los modos con los cuales se espera que las tecnologías y las técnicas culturales actúen “posibilitando algunos tipos específicos de cambios (o estabildades) donde lo social es interpretado como una constelación específica de problemas – de actitud o comportamiento – resultado de estrategias distintas de gobierno” (Bennett, 2007, p. 81)²⁶.

Lo social, desde este punto de vista, está constituido por un conjunto de relaciones y conductas producidas por metas de gobernabilidad que surgen de juegos específicos de verdad, de aparatos sociales y programas de gobierno a los cuales están conectados. Tal conjunto constituye la interfaz con la cual “formas particulares de saber son aplicadas a través de la diversidad de técnicas que fueron concebidas para actuar sobre y amoldar la conducta” (Bennett, 2007, p. 78)²⁷.

26 En el original: “...to bring about specific kinds of changes (or stabilities) in conduct where the social is interpreted as a specific constellation of problems – of attitude and behavior – arising out of distinctive strategies of rule”.

27 En el original: “...particular forms of expertise are to be applied through the diversity of the technical forms they have devised for acting on and shaping conduct”.

De este modo, las intervenciones en la cultura y en la comunicación se basan en su papel de inclusión social en la producción de nuevos sujetos. Como explica Bennett (2007), el arte, la cultura y la comunicación a servicio de lo social, o sea, tomadas como algo “práctico”, se sitúan en el conjunto de iniciativas con el mismo propósito inclusivo. Ocurre que muchas de las experiencias de ONGs y gobiernos que involucran “jóvenes creadores” y “jóvenes comunicadores” se basan en estas ganas de transformar al joven pobre, marginalizado, con una posición subalterna, en un protagonista de sí mismo, un emprendedor, un incluido. El objetivo es el de capitalizarlo socialmente para que así pueda desarrollarse, o sea, entrar de lleno en la sociedad de consumo y transformarse en ciudadano-consumidor.

Recurriendo a las reflexiones de Sarai Patrícia Schmidt (2008), podemos entender esta voluntad de transformar al joven pobre en protagonista de sí mismo en el sentido que él “tenga actitud”. Tener actitud, como una forma de expresión del protagonismo juvenil, es a lo que convocan, por ejemplo, los medios, seguramente una de las más poderosas máquinas productoras de subjetividad en serie (Guattari; Rolnik, 1999). Sin embargo, esta actitud se refiere a la iniciativa, al éxito y al logro individual, y se materializa en el consumo, sin que el colectivo o los proyectos de sociedad sean necesariamente tomados en cuenta.

La juventud, bien como la vulnerabilidad, la cultura y la comunicación, son temas transversales para aquellos que actúan en la “inclusión social” en Brasil, en especial en las ONGs. Estas funcionan como “cebo” cuyos “anzuelos” son los proyectos hechos para que piquen los “peces”, o sea, los proveedores, preferentemente los grandes.

Para Paulo Artur Malvasi, utilizando los temas transversales, las ONGs “ganan preciosos puntos en su capital social, y facilitan el acceso a pleiteados recursos y financiamientos específicos de las agencias de cooperación internacional, de los gobiernos y de las empresas privadas”(Malvasi, 2008, p. 607). Así, las ONGs se constituyen “en torno de cuestiones sociales, públicos-objetivo

y formas de acción (o actividades) que proporcionan el sentido original de la empresa” (Malvasi, 2008, p. 610) y la elección de esas cuestiones está, en gran parte, relacionada con la fuerza de atracción que poseen junto a los proveedores.

Pero el movimiento puede ocurrir de forma inversa, o sea, la empresa lanza el anzuelo con el cebo que va a ser capturado por las ONGs. Norma Takeuti (2004) analiza, por ejemplo, el Proyecto Red y Juventudes en el Nordeste Brasileño, en Natal, Rio Grande del Norte, viabilizado a partir del anuncio publicado por una fundación proveedora, con actuación internacional. La “misión” de esta institución del Tercer Sector es ayudar a combatir la pobreza en Latinoamérica y Caribe promoviendo el “desarrollo saludable” de los jóvenes y su participación en “comunidades socioeconómicamente dinámicas”. Sin embargo, aclara la autora, la entidad proveedora impone las directrices, las estrategias y los conceptos de actuación, tales como “empoderamiento” y “protagonismo juvenil”, cuyos sentidos y operacionalización no pueden ser cuestionados por las ONGs “asociadas” que componen la red.

En cualquier caso, atrapando y/o siendo atrapadas, como dice Malvasi, es recurrente, entre estas organizaciones, la idea de que la relación que el individuo debe establecer con la sociedad debe darse por medio del “voluntariado”. Así como que la misión que organizaciones y voluntarios deben asumir es: “proporcionar a los ‘desfavorecidos’ un conjunto de repertorios para que ellos puedan ejercer su ‘ciudadanía’” (Malvasi, 2008, p. 611).

Lo que se observa, en este proceso, es que lo que las ONGs percibieron como movimientos comunicacionales y culturales de jóvenes pobres de las ciudades brasileñas funcionaban como espacios públicos propios, medios de sociabilidad y de establecimiento de políticas no institucionalizadas, o también de políticas de amistad (Barbalho, 2006). Me refiero a las radios pirata, al *hip-hop*, a la pintada y al *grafiti*, al *funk*, al *fanzine*, a las *quadrilhas juninas* (danza tradicional en el mes de junio), a las asociaciones carna-

valescas, etc. Estas expresiones simbólicas de creación y movimiento juveniles lograban efectuar aquello que discursos e instituciones más tradicionales (partidos políticos, escuelas, sindicatos) procuraban establecer con los jóvenes y no consiguieron.

Asumir para sí tales temas, vampirizarlos²⁸, fue una estrategia fundamental para que las ONGs no sólo se capitalizasen junto a los proveedores, sino también para que consiguiesen de hecho una inserción y un respaldo en las actuaciones junto a su “público-objetivo”. Es importante resaltar que algunas de estas organizaciones no-gubernamentales surgieron en el interior de la propia comunidad en la cual están inmersos los jóvenes, muchas veces contando con su participación en el proceso de creación. No se trata en estos casos, por lo tanto, de acciones asistencialistas, externas a aquello colectivo, sino de expresiones de su organicidad, en el sentido gramsciano de “intelectual orgánico”. Y aquí tenemos una disputa sobre los sentidos, los usos y los alcances del protagonismo juvenil.

Leandro Hoehene, artista del Grupo do Balaio y activista de redes y movimientos culturales de periferias brasileñas, denomina el proceso de “protagonismo juvenil orgánico” de “perifactivismo cultural”. En su análisis, los jóvenes involucrados con los colectivos de arte y cultura en Brasil resisten al conservadurismo y actúan políticamente, aunque no en la lógica partidista. En estas organizaciones, casi nunca institucionalizadas, la juventud vivencia intercambios, se manifiesta y provoca mudanzas, “tanto en lo que dice respecto al punto de partida –mirar y desear pensar diferente– cuanto al modo de organizarse –actuar diferente”. Mirar para esos espacios colectivos periféricos exige del observador “considerar la acción política como un todo en transformación” (Hoehene, 2012, p. 13).

Los jóvenes perifactivistas culturales “actúan directamente en lo cotidiano, con acciones artísticas intervencionistas y articulaciones de actores sociales en torno de celebraciones, encuentros

28 Vampirización, siguiendo los usos que Suely Rolnik (2005, 2004, 2002) hace de esta noción.

y ocupaciones de espacios públicos” (Hoehene, 2012, p. 13). Agrupaciones, en la mayoría de las veces espontáneas y efímeras, que se sitúan al margen de los centros productores del capital financiero y del conocimiento legitimado, pero que consiguen afirmar sus máquinas productoras de subjetividad, reivindicando el derecho a la ciudad, al espacio público.

A su vez, el espacio público virtual es uno de los lugares privilegiados de actuación de los perifactivistas. En su activismo en internet, estos jóvenes profanan el dispositivo del control, transformándolo en un contradispositivo (Agamben, 2009). En su dinamismo, en su acción directa y radical, conflictiva y problematizadora de las estructuras, causan desacuerdo, en el sentido de Rancière (1996), con la “lenta, ineficiente y conservadora estructura democrática brasileña” (Hoehene, 2012, p. 13) que acaba actuando de forma disciplinadora.

Convergiendo con el análisis de Dagnino (2005) sobre la disputa político-cultural provocada por la confluencia perversa en la evaluación de Hoehene, al invertir en favor del espacio público y de mudanzas en las estructuras de poder, los jóvenes perifactivistas actúan por medio de la cultura, al establecer “nuevas subjetividades, nuevas configuraciones, nuevas miradas para el mundo”, y de la política, interviniendo “en las relaciones entre sujetos, entre colectivos, entre territorios, periferias”. Una actuación con vistas a modificar radicalmente las estructuras del poder, “actuando para la ruina de éstas para posibilitar nuevas” y afirmando la política como el “propio estar como ser social, en la polis para la polis, desinteresada en fijar jerarquías” (Hoehene, 2012, p. 13).

Es interesante percibir, como señala Hoehne, que este movimiento viene creciendo en la última década en el rastro de la creación e implantación de políticas públicas participativas dirigidas hacia la juventud, como consejos y foros, por ejemplo, o de determinadas acciones de la política cultural en el gobierno Lula, como los Puntos de Cultura.

Seguramente, la disputa de poder se da en el interior de las organizaciones que estoy llamando aquí “orgánicas”, y que Hoehene denomina de perifactivismo, o sea, aquellas que surgieron de la iniciativa de los residentes, muchos de ellos jóvenes, de las favelas, barrios periféricos y pobres, generalmente denominados “comunidades”. Pero es importante destacar que hay disputas también en aquellas ONGs externas a los grupos sociales en las cuales actúan.

A partir de su investigación de campo en una ONG que trabaja con jóvenes en favelas de São Paulo por medio de la música, teniendo como uno de sus términos clave el protagonismo juvenil, Malvasi constata una disputa de sentido en la institución pues, “aunque los coordinadores tuviesen influencia sobre los jóvenes, sus comportamientos, valores y prácticas no eran reproducciones o simple aceptaciones del modelo propuesto por la ONG” (Malvasi, 2008, p. 611)²⁹.

En el caso específico de su estudio, la incorporación profesional en la ONG de jóvenes que venían participando del proyecto, así como de jóvenes externos a la comunidad y observados como pertenecientes a otra clase social, provocó trastornos delicados en la cotidianidad de la institución. Los jóvenes con más tiempo en el proyecto, autodenominados de la “vieja-guardia”, empezaron a discrepar de la tendencia “profesionalizante” de la ONG, estableciendo “situaciones de conflicto abierto con integrantes más nuevos (a quienes llamaban ‘playboys’) y con funcionarios (según ellos) ‘mercenarios’”. Para la “vieja-guardia”, “los jóvenes que llegaron a partir de 2001 no venían de la ‘favela’, no necesitaban de él [del proyecto] - sólo estaban allí porque era gratis y porque ‘aparecían en la TV’ - y los funcionarios sólo estaban por cuenta del dinero” (Malvasi, 2008, p. 612).

29 Algo parecido se constata en la producción de periódicos escolares en la red pública de Maracanaú, ciudad que integra la región metropolitana de Fortaleza, o en la producción de programas en las radios de las escuelas públicas del ayuntamiento de Fortaleza. A este respecto ver Barbalho; Sousa (2009; 2011) y Barbalho; Campos (2012a; 2012b; 2012c)

Podemos entender esta disputa de sentido en torno del proyecto de la ONG por medio de la clave explicativa propuesta por Dagnino, o sea, por dos concepciones diferentes de ciudadanía, la colectiva y la individual. Por una parte, los jóvenes que integraban las actividades desde el inicio, en el período “romántico”, por decirlo así, de la institución, donde sobre todo la relación afectiva era valorada. Por la otra, algunos miembros más antiguos que venían desarrollándose profesionalmente en la ONG y los más nuevos, que llegaron después de su “crecimiento”.

Tenemos, por lo tanto, el conflicto entre una forma de concebir la ONG que privilegia el grupo, el colectivo, recurriendo a nociones como “protagonismo juvenil”, “solidaridad”, “conocimiento”, “pertenencia”, “respeto” - observándose aquí una resignificación de términos oriundos de la visión individualista de ciudadanía - y una forma que destaca la lógica de eficiencia por medio de valores como “calidad”, “competencia” y “profesionalidad”.

Para los jóvenes de la “vieja guardia” que no se adhirieron al segundo formato (profesionalidad, eficiencia organizacional, disciplina del cuerpo, productividad, eficacia, uniformización de los comportamientos), las presiones fueron innumerables, tendiendo a ser considerados “incompetentes”, “malos ejemplos”. Sin poder ser excluidos del proyecto, pues eso perjudicaría la imagen de la ONG sobre los “proveedores”, estos jóvenes sufren el precio de ajustarse al modelo requerido según lo que los coordinadores de la institución entienden como el esperado para un “proyecto social”.

Por otro lado, como explica Malvasi, la institución viene recibiendo cada vez más jóvenes con perfiles diferentes de aquel del inicio de sus actividades. Son jóvenes no solamente con mejor renta familiar, sino también con capital social y cultural más grande. Dentro de este contexto, los de la “vieja guardia” afrontan retos que se relacionan directamente con su autoestima, con su producción como sujeto, llegando al punto de preguntarse si deben “cambiar de ‘identidad’ para que sean aceptados en el ‘contexto del conocimiento’” (Malvasi, 2008, p. 613).

Denise Maria Reis, al investigar jóvenes actuantes en el Núcleo de Jóvenes Protagonistas de la ONG SOS Adolescentes de Campinas, São Paulo, donde participó en proyectos cuando era adolescente y donde volvió para trabajar, incluso asumiendo la coordinación del dicho Núcleo, constató como los jóvenes accionan sentidos más allá de aquellos esperados por la institución. Se trata de una relación compleja, ambigua, contradictoria, pero que, sin embargo, permite “la ocurrencia de diversos procesos educativos de naturaleza emancipadora y humanizadora”. En el trabajo voluntario desarrollado por medio de los proyectos de la ONG, los jóvenes “aprendieron y enseñaron en la/con la convivencia y charlas el respeto al otro, a sus diferencias y opiniones, el ejercicio de reflexión, exposición de opiniones y fortalecimiento para las relaciones sociales y para las relaciones con los(las) otros(las) jóvenes” (Reis, 2009, p. 91).

Podemos concluir, por lo tanto, que si, como defiende Sousa (2008), el protagonismo juvenil en su formulación conceptual lleva a una participación despolitizada, sin disputa de poder, tal sentido no está garantizado de antemano. La forma como los jóvenes viven en sus prácticas cotidianas la lógica del voluntariado y del protagonismo puede resultar en otras percepciones y acciones, incluso contrarias a aquellas previstas.

Retomando la investigación de Reis, se puede observar que a pesar de que no existe un proyecto de transformación de la sociedad, la acción puntual promovida por el trabajo de la ONG no resulta necesariamente en políticas de consenso o en despolitización. La investigadora, en su incursión etnográfica, observó, por el contrario, que “posiciones políticas son asumidas basadas en valores de la justicia, de la solidaridad, de la igualdad de derechos en las diferencias, de transformación y conciencia crítica”. En su evaluación, los jóvenes sujetos de su investigación, “como cualquier otro sujeto, no son totalmente conscientes o totalmente alienados(as) todo el tiempo”, pero están inmersos “en un contexto social, político, cultural y económico bastante

distinto y constituido por trampas ideológicas y prácticas del sistema capitalista” (Reis, 2009, p. 99).

Referencias Bibliográficas

ABRAMO, Helena Wendel. *Cenas juvenis. Punks e darks no espetáculo urbano*. São Paulo: Scritta, 1994.

ABRAMOVAY, M. (org.). *Abrindo espaço Bahia: Avaliação do programa*. Brasília: UNESCO, 2003.

_____; RUA, M. *Violência nas escolas*. Brasília: UNESCO, 2004.

ABDALA JÚNIOR, Benjamin (org.). *Margens da cultura: Mestiçagem, hibridismo & outras misturas*. São Paulo: Boitempo, 2004.

AGAMBEN, Giorgio. *O que é o contemporâneo? e outros ensaios*. Chapecó: Argos, 2009.

AJAVON, François-Xavier. Biopolitique. In: Leclercq, S. (org.). *Abécédaire de Michael Foucault*. Paris: Vrin, 2004. p. 21-23.

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Cidade do México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

ANDRADE, Oswald de. *A utopia antropofágica*. São Paulo: Globo, 1990.

ARAÚJO, M. 2008. Hip-hop: uma batida contra-hegemônica na periferia da sociedade global. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXI, Natal, 2008. *Anais...* Natal, Intercom, 1:01-15.

BARBALHO, Alexandre. Política cultural das minorias. In: *Enciclopédia Intercom de Comunicação*. São Paulo: Intercom, 2010.

_____. *Textos nômades: Política, cultura e mídia*. Fortaleza: BNB, 2008.

_____. No ar da diferença. *Mídia e cultura nas mãos da juventude. Comunicação e Informação*, V 9, no 1: pág 08 - 15 – jan/jun. 2006.

_____. Cidadania, minorias e mídia. In: Barbalho, Alexandre; Paiva, Raquel. *Comunicação e cultura das minorias*. São Paulo: Paulus, 2005.

_____; CAMPOS, T. Juventude, radioescola e cidadania: apontamentos teórico-metodológicos. *Comunicação e Educação* (USP), v. 2, p. 121-130, 2012a.

_____; CAMPOS, T. Fique antenado e segure essa onda: práticas cidadãs em radioescolas de Fortaleza. *Comunicação & Sociedade* (Online), v. 34, p. 131-152, 2012b.

_____; CAMPOS, T. Antenados, segurem essa onda : Radioescola e educação na rede pública de Fortaleza. *Revista Educação em Questão* (UFRN. Impresso), v. 43, p. 157-181, 2012c.

_____; COGO, D.; FUSER, B. Comunicação para a cidadania: um breve panorama das tendências de pesquisas a partir da Intercom. In: Vicente, M. M.; Rothber, D. (org). *Meios de comunicação e cidadania*. São Paulo: Cultura Acadêmica, 2010.

_____; FUSER, B; MENDONÇA, M. L. Pesquisa em comunicação para a cidadania: Panorama nos programas de pós-graduação. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXI, Natal, 2008. *Anais...* Natal, Intercom, 1:01-15.

_____. PAIVA, Raquel (org.) *Comunicação e cultura das minorias*. São Paulo: Paulus, 2005.

_____; SOUSA, F.C.A.N. de. Jornalismo Estudantil e Políticas Culturais da Juventude: A experiência do Clube do Jornal. *Eco* (UFRJ), v. 12, p. 84-97, 2009.

_____; SOUSA, F.C.A.N. de. Jornalismo estudantil: Construindo e disputando espaços públicos na escola. In: Barbalho, Alexandre; Cogo, Denise; Fusre, Bruno (Org.). *Comunicação e cidadania: Questões contemporâneas*. Fortaleza: Demócrito Rocha, 2011. p. 157-176.

BASTOS, P. N.. O jogo de espelhos. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXX, Santos, 2007. *Anais...* Santos, Intercom, 1:01-15.

BAUDRILLARD, Jean. *A sociedade de consumo*. Lisboa, Edições 70, 1995.

BENNETT, Tony. *Critical trajectories: Culture, society, intellectuals*. Oxford: Blackwell Publishing, 2007.

BHABHA, Homi. *O local da cultura*. Belo Horizonte: UFMG, 2005.

BOBBIO, Norberto. *Liberalismo e democracia*. São Paulo: Brasiliense, 1988.

BOLTANSKI, Luc; Chiapello, Ève. *O novo espírito do capitalismo*. São Paulo: Martins Fontes, 2009.

BOURDIEU, Pierre. *La distinción: Criterio y bases sociales Del gusto*. Madrid: Taurus, 2000.

_____. *O poder simbólico*. Lisboa: Difel, 1989.

_____. *Questões de sociologia*. Rio de Janeiro: Marco Zero, 1983.

BRAGA, M.; Vitorino, I. Inclusão Digital e Periferia: Imposição Cultural ou Inclusão Social? In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXII, Curitiba, 2009. *Anais...* Curitiba, Intercom, 1:01-15.

BRAGA, Robson da Silva. *De pântano a planalto: A (re)elaboração da imagem do bairro Pantanal ou Planalto Ayrton Senna pela perspectiva dos moradores e do vídeo popular da TV Janela*. Universidade Federal do Ceará, Curso de Comunicação Social. Monografia de graduação. Fortaleza, 2007.

BURKE, Peter. *Hibridismo cultural*. São Leopoldo: Unisinos, 2003.

CANCLINI, Néstor García. *Culturas híbridas: Estratégias para entrar e sair da modernidade*. São Paulo: Edusp, 1997.

CARDOSO, R. A trajetória dos movimentos sociais. In: Dagnino, E.. (org.). *Anos 90: Política e sociedade no Brasil*. São Paulo: Brasiliense. 1994. p. 81-90.

CASTRO, João Paulo Macedo e. Protagonismo juvenil e os novos modelos de políticas públicas. *Anais da 26a. Reunião Brasileira de Antropologia*. Brasília: ABA, 2008. Disponível em http://www.abant.org.br/conteudo/ANAIS/CD_Virtual_26_RBA/index.html. Acesso em 01.dez.2012. Acesso em 01.nov.2012.

CHAUÍ, M. Brasil. *Mito fundador e sociedade autoritária*. São Paulo: Fundação Perseu Abramo. 2000.

CHMIEL, Silvina. El milagro de la eterna juventud. In: Margullis, Mario (ed.). *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos, 2000. p. 85 – 101.

COGO, D. Comunicação, mídia e cidadania: Um percurso pelas interfaces de um núcleo de pesquisa da Intercom. In: Cogo, D.; Maia, J. (org.). *Comunicação para a cidadania*. Rio de Janeiro: UERJ, 2006.

COGO, D; MAIA, J. (Org.). *Comunicação para a cidadania*. Rio de Janeiro: UERJ, 2006.

COSTA, Jurandir Freire. Prefácio a título de diálogo. In: Ortega, F. *Amizade e estética da existência em Foucault*. Rio de Janeiro: Graal, 1999. p. 11-20

CRUZ, Rossana Reguillo. Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto. Bogotá: Norma, 2006.

CUNHA, Humberto. *Direitos culturais como direitos fundamentais no ornamento jurídico brasileiro*. Brasília: Brasília Jurídica, 2000.

DAGNINO, E. Políticas culturais, democracia e projeto neoliberal. *Revista Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, n. 15, p. 45-66, 2005.

_____. Sociedade Civil, participação e cidadania: do que estamos falando? In: Mato, Daniel (coord). *Políticas de cidadania y sociedad civil em tiempos de globalización*. Caracas: FACES, Univerdad Central de Venezuela, pp. 95-110. 2004.

_____. Os movimentos sociais e a emergência de uma nova cidadania. In: _____. (org.). *Anos 90: Política e sociedade no Brasil*. São Paulo: Brasiliense. 1994. p. 103-118.

- DELEUZE, Gilles. *Conversações*. Rio de Janeiro: Ed. 34, 2000.
- DERRIDA, Jacques. *Posições. Belo Horizonte*, Autêntica, 2001.
- DEVILLAIN, Olivier. Norme. In: Leclercq, S. (org.). *Abécédaire de Michael Foucault*. Paris: Vrin, 2004. p. 123-125
- DIÓGENES, Glória. *Cartografias da cultura e da violência: Gangues, galeras e o movimento hip-hop*. São Paulo: AnnaBlume, 1998.
- ELBAUM, Jorge. Qué es ser joven? In: Margullis, Mario (ed.). *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos, 2000 p. 157-172.
- _____. Las distancias lingüísticas. In: Margullis, Mario (ed.). *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos, 2000 p. 173-194.
- ESCOSTEGUEY, A. M.; JACKS, N. Políticas de identidade e os estudos de recepção: Relatos de jovens e mulheres. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXVI, Belo Horizonte, 2003. *Anais...* Belo Horizonte, Intercom, 1:01-15.
- FIGUEIREDO, G. G. de. Um Laboratório de Comunicação Livre no Médio Solimões. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXX, Santos, 2007. *Anais...* Santos, Intercom, 1:01-15.
- FORACCHI, Marialice. *A juventude na sociedade moderna*. São Paulo: Pioneira, 1972.
- FOUCAULT, Michel. *Seguridad, território, población: Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Cidade do México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- _____. *A hermenêutica do sujeito*. São Paulo: Martins Fontes, 2004.
- _____. *Em defesa da sociedade*. São Paulo: Martins Fontes, 1999.
- FUSER, B. Ação cultural e cidadania: uma experiência com jovens em Juiz de Fora. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXII, Curitiba, 2009. *Anais...* Curitiba, Intercom, 1:01-15.
- _____. (Org.). *Comunicação para a cidadania: Caminhos e impasses*. Rio de Janeiro, E-papers, 2008a.
- _____. Telecentros comunitários em Juiz de Fora: alternativas de apropriação das tecnologias digitais. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXI, Natal, 2008b. *Anais...* Natal, Intercom, 1:01-15.
- _____. Inclusão digital: o telecentro como equipamento de comunicação comunitária. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXX, Santos, 2007. *Anais...* Santos, Intercom, 1:01-15.
- GABBAY, M. M. Estar-na-mídia: um local de disputa pela representação da “cultural marajoara” em Tucumanduba, Soure, Estado Do Pará. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXX, Santos, 2007. *Anais...* Santos, Intercom, 1:01-15.

GADELHA, Sylvio. *Subjetividade e menor-idade: Acompanhando o dever dos profissionais do social*. São Paulo: AnnaBlume, 1998.

GIDDENS, Anthony. *Modernidade e identidade*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 2002.

GORCZEWSKI, D. Agenciamentos audiovisuais e o desejo de singularizar. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXII, Curitiba, 2009. *Anais...* Curitiba, Intercom, 1:01-15.

GROPPO, Luís Antonio. *Juventude: Ensaio sobre sociologia e história das juventudes modernas*. Rio de Janeiro: Difel, 2000.

GUATTARI, Félix. *Cartografias esquizoanalíticas*. Buenos Aires: Manatíal, 2000.

_____. *O inconsciente maquínico: Ensaio de esquizo-análise*. Campinas: Papirus, 1988.

_____; ROLNIK, Suely. *Micropolítica. Cartografias do desejo*. Petrópolis: Vozes, 1999.

GUIGOU, Jaques. Problemas de uma sociologia da juventude rural. In: BRITTO, Sulamita de (org.). *Sociologia da juventude II: Para uma sociologia diferencial*. Rio de Janeiro: Zahar, 1968. p. 73-88.

HABERMAS, Jürgen. Lutas pelo reconhecimento no Estado democrático constitucional. In: APPIAH, K. Anthony et al. *Multiculturalismo*. Lisboa: Instituto Piaget, 1998. p.125-164.

_____. *Mudança estrutural da esfera pública*. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro, 1984.

HALL, Stuart. *Da diáspora: identidades e mediações culturais*. Belo Horizonte: UFMG, 2003.

_____. Quién necessita “identidad”? In: HALL, S.; DU GAY, P. *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003. p. 13-39.

_____; JEFFERSON, T. (org). *Youth subcultures in post-war Britain*. Londres: Routledge, 2000.

HARDT, M.; NEGRI, T. *Multitude: war and democracy in the age of empire*. Londres: Penguin, 2004.

_____. *Império*. Rio de Janeiro: Record, 2001.

HEBDIGE, Dick. *Subcultura. El significado del estilo*. Barcelona: Paidós, 2004.

HELLER, Agnes; FEHÉR, Ferenc. *A condição política pós-moderna*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1998.

HOEHNE, Leandro. *Perifativismo cultural, um olhar político jovem. Le Monde Diplomatique Brasil*, ano 06, n. 64, São Paulo, novembro, 2012, p. 13.

HOGGART, Richard. *As utilizações da cultura: Aspectos da vida cultural da classe trabalhadora*. Lisboa: Presença, 1972.

JAIDE, Walter. As ambigüidades do conceito de “geração”. In: Britto, Sulamita de (org.). *Sociologia da juventude II: Para uma sociologia diferencial*. Rio de Janeiro: Zahar, 1968. p. 15-28.

KEIL, E.T.; RIDDELL, D.S.; GREEN, S.R. Problemas de uma sociologia da juventude operária. In: Britto, Sulamita de (org.). *Sociologia da juventude II: Para uma sociologia diferencial*. Rio de Janeiro: Zahar, 1968. p. 89-110.

KUASÑOSKY, Silvia; SZULIK, Dália. Desde los márgenes de la juventud. In: Margullis, Mario (ed.). *La juventud es más que una palabra: Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos, 2000. p. 47 – 67.

_____. Qué significa ser mujer joven en un contexto de extrema pobreza? In: MARGULLIS, Mario (ed.). *La juventud es más que una palabra: Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos, 2000. p. 147-156.

LACERDA, J. Telecentros comunitários: Questões teórico-metodológicas e vivências midiáticas Digitais. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXI, Natal, 2008. *Anais...* Natal, Intercom, 1:01-15.

LAHNI, C. R.; SILVA, F. C. da S., FRANÇA, M. F. P.; PELEGRINI, M. Z. Rádio comunitária, identidade e cidadania de jovens: exemplos e ausências em uma comunitária autêntica e em três autorizadas. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXI, Natal, 2008. *Anais...* Natal, Intercom, 1:01-15.

_____; COELHO, F. A Comunicação a serviço da cidadania e identidade de adolescentes. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXX, Santos, 2007. *Anais...* Santos, Intercom, 1:01-15.

LAZZARATO, Maurizio. Trabalho e capital na produção dos conhecimentos: uma leitura através da obra de Gabriel Tarde. In: Galvão, A.; Silva, G.; Cocco, G. (orgs.). *Capital cognitivo: trabalho, redes e inovação*. Rio de Janeiro: DP&A, 2003. p. 61-81.

_____; NEGRI, Antonio. *Trabalho imaterial: Formas de vida e produção de subjetividade*. Rio de Janeiro: DP&A, 2001.

MAIA, J.; BIANCHI, E. Mangueira suas ratas são uma beleza. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXI, Natal, 2008. *Anais...* Natal, Intercom, 1:01-15.

MALVASI, P.A. ONGS, vulnerabilidade juvenil e reconhecimento cultural: eficácia simbólica e dilemas. *Interface - Comunic., Saúde, Educ.*, v.12, n.26, p.605-17, jul./set. 2008.

MARGULLIS, Mario; URRESTI, Marcelo. La juventud es más que una palabra. In: Margullis, Mario (ed.). *La juventud es más que una palabra: Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos, 2000. p. 13 – 30

MARÍN, Martha; MUÑOZ, Germán. *Secretos de mutantes: Música y creación en las culturas juveniles*. Bogotá: Universidad Central, 2002.

MARTIN-BARBERO, Jesús. *Oficio de cartógrafo: Travessias latinoamericanas de la comunicación em la cultura*. Cidade do México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

_____. *Cambios culturales, desafios y juventud*. In: *Umbrales: Cambios culturales, desafios nacionales y juventud*. Medellín: Corporación Région, 2000. p. 21-50.

_____. *Dos meios às mediações: Comunicação, cultura e hegemonia*. Rio de Janeiro: UFRJ, 1997.

MENEGUIN, A. M. P. L. O imaginário da drogadição: Uma análise das campanhas antidrogas. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXV, Salvador, 2002. *Anais...* Salvador, Intercom, 1:01-15.

MORAES, Denis de. *Planeta mídia: Tendências da comunicação na era global*. Campo Grande: Letra Livre, 1998.

MORALES, O. E. T. Novas Mídias e Cidadania: os jovens como criadores de conteúdo on-line. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXII, Curitiba, 2009. *Anais...* Curitiba, Intercom, 1:01-15.

MORIN, Edgar. *Cultura de massas no século XX: O espírito do tempo*. Vol. 1 Neurose. Rio de Janeiro: Forense Universitária, 1981.

_____. *Cultura de massas no século XX: O espírito do tempo*. Vol. 2 Necrose. Rio de Janeiro: Forense Universitária, 1977.

MOUFFE, Chantal. *The democratic paradox*. Londres: Verso, 2009.

_____. *O regresso do político*. Lisboa: Gradiva, 1996.

NEGRI, Antonio. *5 Lições sobre o Império*. Rio de Janeiro: DP&A, 2003.

_____. *Exílio: seguido de Valor e Afeto*. São Paulo: Iluminuras, 2001.

OLIVEIRA, C. O hiperdimensionamento da criminalidade juvenil no noticiário. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXVI, Belo Horizonte, 2003. *Anais...* Belo Horizonte, Intercom, 1:01-15.

OLIVEIRA, C. F. de. Escuta sonora: A experiência da Casa Grande FM. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXVIII, Rio de Janeiro, 2005. *Anais...* Rio de Janeiro, Intercom, 1:01-15.

_____. Reggae e hip hop: Segmentação X diversidade cultural juvenil. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXVI, Belo Horizonte, 2003. *Anais...* Belo Horizonte, Intercom, 1:01-15.

ORTEGA, Francisco. *Para uma política da amizade: Arendt, Derrida, Foucault*. Rio de Janeiro: Relume Dumará, 2000.

_____. *Amizade e estética da existência em Foucault*. Rio de Janeiro: Graal, 1999.

ORTIZ, Renato. *Mundialização e cultura*. São Paulo: Brasiliense, 1998.

_____. *Um outro território: Ensaio sobre a mundialização*. São Paulo: Olho D'água, 1996.

OTRE, M. A. C.. Comunicação Alternativa como Ferramenta de Transformação para Jovens Indígenas das Aldeias do Jaguapiru e Bororó em Dourados / MS. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXI, Natal, 2008. *Anais...* Natal, Intercom, 1:01-15.

PAIVA, Raquel. Cinco anos de pesquisa em Comunicação e Cultura de Minorias. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXVIII, Rio de Janeiro, 2005a. *Anais...* Rio de Janeiro, Intercom, 1:01-15.

_____. Mídia e política de minorias. In: Barbalho, Alexandre; Paiva, Raquel. *Comunicação e cultura das minorias*. São Paulo: Paulus, 2005b.

_____. Minorias flutuantes e ativismo social. Aspectos da contra-hegemonia na sociedade midiaticizada. In: Barbalho, A.; Cogo, D.; Fuser, B. (org). *Comunicação e cidadania*. Questões contemporâneas. Fortaleza: Demócrito Rocha, 2011. p. 28-40.

PELBART, Peter Pál. Biopolítica e biopotência no coração do império. In: GADELHA, S.; LINS, D. (orgs.). *Nietzsche e Deleuze: Que pode o corpo?* Rio de Janeiro: Relume Dumará, 2002. p.251-260.

RANCIÈRE, Jacques. *O desentendimento. Política e filosofia*. São Paulo: Editora 34, 1996.

REGUILLO, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma, 2006.

REIS, Denise Maria Reis. *A participação social na perspectiva dos(as) jovens protagonistas da ONG SOS adolescente*. Dissertação (Mestrado). Universidade Federal de São Carlos, 2009.

ROLNIK, Suely. *Cartografia sentimental: Transformações contemporâneas do desejo*. Porto Alegre: Sulinas, UFRGS, 2006.

_____. Subjetividade antropofágica. In: Lins, Daniel (org). *Razão nômade*. Rio de Janeiro: Forense Universitária, 2005. p. 89-110.

_____. O ocaso da vítima para além da cafetinagem da criação e de sua separação da resistência. IN: Lins, Daniel; Pelbart, Peter Pál (org). *Nietzsche e Deleuze. Bárbaros, civilizados*. São Paulo: Annablume, 2004. p. 211-220.

_____. Uma insólita viagem à subjetividade. Fronteiras com a ética e a cultura. In: Lins, Daniel (org). *Cultura e subjetividade: saberes nômades*. Campinas: Papirus, 2002. p. 25-34.

SANTOS, Wanderley Guilherme dos. *Cidadania e justiça*. Rio de Janeiro: Campus, 1979.

SCHMIDT, Sarai Patrícia. Um estudo sobre mídia, educação e cultura jovem: quando “ter atitude” é ser diferente para ser igual. *Anais da 31ª Reunião Anual da ANPED*. Caxambu: ANPED, 2008. Disponível em www.anped.org.br/reunioes/31ra/1trabalho/gt16-4172--int.pdf. Acesso: 28.nov.2012.

SILVA, C. R. da. Cyberminas: práticas comunicativas, reconhecimento e

presença do hip hop feminino na esfera pública de visibilidade midiática. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXXII, Curitiba, 2009. *Anais...* Curitiba, Intercom, 1:01-15.

SODRÉ, Muniz. Por um conceito de minoria. In: Barbalho, Alexandre; PAIVA, Raquel. *Comunicação e cultura das minorias*. São Paulo: Paulus, 2005. p. 11-14.

_____. *Reinventando a cultura: A comunicação e seus produtos*. Petrópolis: Vozes, 1996.

_____. *As estratégias sensíveis: afeto, mídia e política*. Petrópolis: Vozes, 2006.

SOUSA, Regina Magalhães de. *O discurso do protagonismo juvenil*. São Paulo, Paulus, 2008.

TAKEUTI, Norma Missae. As redes sociais no campo do “protagonismo juvenil”. *TOMO*, São Cristóvão, No VII, Ano – 2004, p. 105-127.

TAYLOR, Charles. A política de reconhecimento. In: Appiah, K. Anthony et all. *Multiculturalismo*. Lisboa, Instituto Piaget, 1998. p. 45-94.

TEIXEIRA, N. C. A mídia alternativa revista Viração: uma iniciativa que inclui adolescentes e jovens na busca pela emancipação social. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXX, Santos, 2007. *Anais...* Santos, Intercom, 1:01-15.

_____. Construção de identidade e de redefinição do cotidiano cultural do jovem: uma proposta da Revista MTV. In: Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação, XXX, Santos, 2005. *Anais...* Santos, Intercom, 1:01-15.

THOMPSON, E. P. *A formação da classe operária inglesa*. Vol 1. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1987.

UNESCO. *Políticas públicas de/para/com juventudes*. Brasília: UNESCO, 2004.

WASELFSZ, Julio Jacob. *Relatório de desenvolvimento juvenil 2007*. Brasília: RITLA, 2007.

WEST, Cornel. The new cultural politics of difference. In: Rajchman, Loha (org). *The identity in question*. Londres: Routledge, 1995.

WHITE, William Foote. A sociedade das esquinas: A estrutura social de uma favela italiana. In: Riley, M.; Nelson, E. *A observação sociológica*. Rio de Janeiro: Zahar, 1976. p. 39-47.

